AGUSTÍN A. ZAMORA

LA COHETERA, MI BARRIO

CRÓNICAS



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

LA COHETERA, MI BARRIO



AGUSTÍN A. ZAMORA

LA COHETERA, MI BARRIO

CRÓNICAS



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO 1982

Primera edición: 1944
Segunda edición: 1982


M. ZAMORA
1949

A mi querido hijo Moisés,
con todo mi cariño

Nuestros pobres sistemas pasan pronto, tienen su tiempo y dejan de existir. No son mas que centellas desprendidas del inmenso fulgor que radia en ti.

Tennyson

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La Cohetera, mi barrio, *es un libro que enriquece la narrativa costumbrista nacional en un género que tiene en México muy dignos exponentes, entre los que pudiéramos señalar a los conocidos Ángel de Campo "Micrós", José Tomás de Cuéllar, Vicente Riva Palacio y José Rubén Romero, para no citar a otros.*

El prolongado periodo de paz presidido por el porfiriato, favoreció la manifestación de una corriente de expresión literaria que fincaba sus aciertos en la crónica puntual de los sucesos, mediante el método de fijar fotográficamente la realidad. Con mayor o menor fortuna, el costumbrismo discurrió por todos los ámbitos de la patria y afloró generoso en la novela, el cuento, la crónica, hasta hacerse lenguaje coloquial en las manos de nuestros narradores de provincia.

La gente de Sonora es, originariamente, gran aficionada a los relatos reales o imaginarios, y en los recuerdos de nuestros viejos, a poco que se insista, aflora espontánea la imaginería narrativa,

la pincelada épica o el episodio picaresco, como recreación de una época que ya es historia, pero que se vuelve arte y sentimiento en la palabra memoriosa del cronista provinciano.

A quienes nacimos en el viejo Hermosillo, los relatos de Agustín A. Zamora nos despiertan gratos recuerdos de infancia y juventud. Yo nací algunos años después del tiempo en el que ubica el autor sus narraciones, pero hemos de tomar en cuenta que en el barrio de La Cohetera se detuvieron las manecillas del reloj durante muchos años. Aún en 1940, la popular barriada seguía conservando su callecilla angosta, sus casas de adobe con techos de carrizo y "el perfume de barro de sus bardas mojadas". A la fecha, el barrio de La Cohetera no existe. La piqueta del progreso arrasó todo lo viejo y se han levantado ahí modernas residencias cuyos moradores han olvidado la ascendencia de la tierra que pisan.

"Este libro —nos dice su autor— no tiene más objeto que pintar, con los rasgos más auténticos, la vida de un barrio de Hermosilo, La Cohetera, que por su posición topográfica, sus gentes, su modo de vivir, sus gestos y sus anhelos, sus risas y sus penas, fue un barrio típico de nuestra época prerrevolucionaria..."

Agustín A. Zamora logró cabalmente su propósito.

A través de las presentes páginas, el lector penetra en ese pequeño y fascinante mundo de lo cotidiano, conducido por un cronista que, siendo parte misma del escenario vital de su narrativa, supo captar con alegre y desenfadado realismo una de las épocas más entrañables de nuestro ser popular.

Nada falta en el costumbrismo de Zamora: el recuerdo de los viejos maestros, celosos de la disciplina y la formación de sus alumnos; la descripción del hogar humilde y su rincón de imágenes sagradas del culto familiar; el origen del nombre de La Cohetera, relacionado con el sentimiento religioso de los vecinos; las rivalidades de las pandillas de chamacos doceañeros que ensayaban sus estrategias bélicas a punta de pedradas; los ingenuos hurtos que terminaban en la consabida reprimenda paterna; la novia ilusionada, abandonada por el joven calavera que se casa con "la otra"; la obligada peregrinación a la ciudad de Magdalena, asiento del milagroso santo Francisco Javier, para pagar la manda prometida.

Sin faltar, por supuesto, el relámpago aún lejano de la embrionaria lucha revolucionaria, en aquel episodio del rescate por la muchachada del barrio, por la vía contundente de la pedriza anónima, de un grupo de yaquis que estaban siendo atormentados por la autoridad, hecho que hizo exclamar —cuenta Zamora— al general Luis E. Torres:

—Son brotes malignos, Pancho, que hay que arrancar de cuajo, con toda energía.

—Sí, general —contestó Aguilar—. Son brotes, pero de una flor que aún no rompe el botón y ya perfuma.

La Cohetera, mi barrio, *es producto de ese acendrado amor que Agustín A. Zamora guarda, como él mismo lo expresa emocionadamente, por "los papeles en los que vine envuelto". Estos papeles, a través de las presentes páginas, se convierten en auténticos cuadros de vida, plenos de sentimiento popular. ¡Lástima grande que el destino haya segado en la plenitud de sus facultades, la vida de este sonorense enamorado de su tierra!*

Merece el aplauso y reconocimiento de la comunidad sonorense, la decisión del Gobierno del Estado de reeditar esta obra, insigne dentro de su género, y que sin duda enriquece el acervo cultural de nuestro pueblo.

Hermosillo, Son., mayo de 1982.

GILBERTO ESCOBOZA GÁMEZ
Cronista de la ciudad de Hermosillo

PRÓLOGO

Este libro no tiene más objeto que pintar, con los rasgos más auténticos fijados por una mano autorizada, la vida íntima de un barrio de Hermosillo, La Cohetera, que por su posición topográfica, sus gentes, su modo de vivir, sus gestos y sus anhelos y sus risas y sus penas, fue un barrio típico de la época prerrevolucionaria en la que el pueblo, que era simplemente populacho, pasaba la vida del mastín, comiendo y durmiendo, pero en espera del momento oportuno, que presentía había de venir, para tirar la dentellada y cuyos colmillos afilados todavía están dolorosamente hincados en la sagrada carne de la patria.

Todos los personajes que aquí desfilan son de actuación histórica. Vivieron y muchos viven todavía. Nada hay en estas humildes páginas de novelesco. Los hechos pasaron tal y como son narrados y esto constituye el único valor de estos renglones trazados con el más amable recuerdo y el más grande cariño para aquel rincón de mi patria

chica donde nací, crecí, vertí mis primeras risas y mis últimas lágrimas al cerrar los ojos de mis adorados padres, en esa misma casona arcaica en donde están enterrados "los papeles en los que vine envuelto".

Agustín A. Zamora

I

MI ESCUELA

La matrícula se abría al empezar el mes de octubre. Ya a principios de otoño se iniciaban los preparativos hogareños para la reanudación de los estudios. Los padres de familia llevan de la mano a sus hijos a las tiendas para comprarles las primeras indumentarias y, ante todo, los botines de cabritilla y tropezón, con remaches y ojillos de cobre que manufacturaban "de pacota" las fábricas chinas de Assun y Juan Gay. De paso, llegaban a las peluquerías para que les fueran podadas las "greñas" cultivadas con esmero a la intemperie durante los tres inolvidables meses de vacaciones y que los peluqueros se apresuraban a "trasquilar" con máquina cero, bajo los amables ventiladores de bastidor y rondana que se mecían bajo las vigas, tirados por el malhumorado y descalzo aprendiz que no obstante estar en plena barbería, presentaba una indecente peluca y una cara manchada de mugre y lagaña, cara que parecía mapamundi.

Y a primero de octubre se oía sonar de nuevo la

campana. Las calles limítrofes del vetusto edificio, de recias paredes de fortaleza, fuertes ventanas con emplomados, pesada baranda de grandes floreros de cal y canto, era el punto de cita de la mayoría de los habitantes de la capital. Se llenaban de padres y estudiantes que se apresuraban a recibir la inscripción y los muchachos, que iban catrines, bien peinados con pomada de rosa, empezaban a reconocerse y a dirigirse saludos:

—¿A qué año vas ahora, Cázares?

—A tercero, Mendoza ¿Y tú?

—También a tercero. Ojalá nos toque estar de nuevo juntos. Seremos como el año pasado, buenos amigos y nos ayudaremos en las tareas y en los trabajos manuales. Nomás que ahora no nos tocará el mismo banco; has crecido mucho en estos tres meses y vas a ir a la cola.

A la par que se oían estos diálogos de entusiasmo y de fraternidad, en las calles fronteras al Colegio jugaban grupos de camaradas, los padres se iban saludando con aprecio y al Güero Blanco se le amontonaba el quehacer en la vendimia de sus chapas y melcochas que vendía a centavo, con cacahuate y pinole, retirando a la muchachada con la misma cola de vaca con que espantaba las moscas.

Los padres de familia de la época eran en el

hogar los más grandes defensores y fuertes apoyos del maestro al que hacían llamar "segundo padre". Mal le iba a quien se expresaba mal del preceptor, o que no hacían sus tareas. Prevalecía una vigorosa dignidad en el seno de las familias con respecto a la escuela. No había peor revés ni mayor vergüenza para los padres, que el hijo saliera reprobado o fuera expulsado del plantel. Cuando esto sucedía, se apersonaban cohibidos ante el director pidiendo perdón para el hijo descarriado. Esta era una de las causas del por qué el resultado de aquellos estudios eran un éxito completo. La familia respetaba al maestro, éste respetaba a la sociedad. No pensaban aquellos hombres y apóstoles en ser demagogos, agitadores de plazuela o ateos. Cuando esto sucedió a la altura de treinta años más tarde, el hogar se sintió atropellado, vino el resentimiento y el odio y los "segundos padres" se convirtieron, ante los jefes de familia y las armas del hogar, en "charlatanes".

Y he ahí la debacle. No se volvió a oír en el hogar: "Escucha, obedece, tu maestro dice toda la verdad". No; cuando el hijo fue a decir al taller de su padre o a la mesa, que el maestro aseguraba que no había Dios, la madre se volvió a él iracunda y le dijo: "tu maestro miente".

Temprano, los profesores se hallaban ya en la Dirección. Se destaca ahí el director, don Felipe

Salido, no muy alto de cuerpo ni robusto, pero fuerte, erguido con incalculable energía. Detrás del escritorio, de pie, con su aguda mirada azul domina el conjunto. Tiene facciones severas y sobre su frente sabia se levanta altanero el penacho de su abundante cabellera gris. Cada vez que veo la estatua de García Morales, obra del gran artista Alzzati que se halla en las salas del Congreso y en el Paseo de la Reforma, recuerdo la figura imponente de aquel gran maestro y gran soldado bajo cuya dirección conocí las primeras letras y canté emocionado aquellos coros inolvidables, llenos de ingenuidad y de ternura:

Martinillo, martinillo,
duerme ya, duerme ya
suena la campana...
Din don dan... din don dan...

Este era un viejecín muy chaparrito,
que por el zócalo, iba paseándose
....
y ¡pom! se cayó.
No pude menos que reír ji, ji, ji, ji.
Cuando él perdió la vertical, ja, ja, ja, ja...

Sobre su mesa de trabajo se ve el timbre de mando y una esfera sobre un pie artístico y un Ecuador de bronce, y a sus espaldas el viejo reloj de

pared que suena, cuando esto sucede, las ocho de mañana. Por la ventana que da a la calle de Orizaba (hoy del doctor Ruperto L. Paliza), cubierta por un transparente de popotillo azul, se cuela, entumida, una débil luminosidad y un aire ya frío anunciador de que viene el invierno.

Van entrando los visitantes y a todos contesta la caravana. Los mayores de edad se apresuran a estrecharle la mano que les ciñe con soltura y con majestad.

—¿Cómo está usted, ingeniero?

—Cómo le va a usted, señor del Valle. ¿trae un nuevo recluta?

—Hoy inicia sus estudios. Viene a primero.

Mira al mozalbete que se esconde medroso tras su padre, y lo acaricia.

—Magnífico, magnífico. Ya verás, niño, cómo te va a gustar el colegio. Vas a tener muy buenos amiguitos y muy temprano vas a regresar a casa a volver a ver a tu madre. Vamos a trabajar, ¿eh? Animo.

Y los visitantes se retiraban de su escritorio para pasar a otro cercano donde se hallaban, matriculando, los profesores Fortunato Encinas y Horacio Orozco. El primero es alto, grueso, corpulento, de tez obscura como buen indígena, el pecho levantado, la barba contraída, vestidos con pulcritud, traje completo, alba camisa de pechera, alto

cuello de celuloide con corbata de mariposa y puños almidonados que apenas le dejan libres los dedos. Orozco es el más joven del personal, contará unos veinticinco años y viste con atildamiento, traje negro nuevecito, zapatos de charol que parecen espejos negros, cuello para frac. Es de tez blanca y no mal parecido. Le dicen "El Chato" por su nariz pequeña y roma, peina con grasa perfumada un tupido pelo rizado meticulosamente partido por el centro. Su voz es potente y limpia, de tenor, que cuando se escucha en el colegio retumba el plantel y cae polvo de los techos. Es uno de los profesores más enérgicos y temidos por el estudiantado porque pega fuerte los coscorrones y es ágil para levantar en vilo a los malcriados tirándoles de las patillas; por eso el grupo de Orozco es uno de los más disciplinados. Los castigos que impone son duros y por quítame allá estas pajas en clase, manda arrestados a la jaula, una jaula de fierro como para leones de Bengala que puede verse en el patio de las clavellinas y donde los que se han portado mal ven alumbrar las estrellas y salir la luna.

Mientras terminan las matrículas vemos, paseándose por la acera en declive del edificio de estudios al mozo perpetuo, don José Galindo, chaparro, de paso tardo, las manos seráficamente enlazadas atrás, mirando por bajo sus tupidas cejas, a la muchacha-

da que al filo de la banqueta posa charlando de sus estudios, de sus vacaciones, de sus temores y de sus proyectos. De improviso don José se detiene tras una pareja que hojea sus cuadros de resúme nes del año pasado, y con la puntera de su botín pega a uno de ellos en los glúteos.

—¿Vuelves al colegio, eh? —pregunta furioso a Enrique Contreras—. Conque... a ti debo el apodo de "El Chivo". Ya verás en qué forma, este año me la pagas bribón.

El muchacho se levanta con gesto rencoroso y don José sigue su camino contestando, de vez en vez, las miradas desafiantes del incorregible Contreras.

Listos ya, con la matrícula en la mano, los estudiantes van pasando al amplio corredor de tres bandas y pilares dóricos donde están los salones de clase. Juegan con estrepitosa gritería corriendo como zorros por entre las pilastras. Otros se han ido a los patios de las clavellinas a jugar a la borrica o saltar sobre las bardas de los orinaderos. Los más doctos pasean por los jardines botánicos y visitan el gran museo zoológico, el primero de la República, con sus maravillosas obras maestras de la taxidermia francesa. En el gabinete de física y en el laboratorio de química hacen recuerdos de los experimentos del año pasado. Por otra parte puede verse en el amplio gimnasio a los depor-

tistas que se mecen en las argollas, se trepan como gatos por las escaleras marinas o hacen cabriolas, con la soltura de un pez, en las paralelas. Aquí y allá, bajo las sombras amables de los árboles frondosos discurren los maestros Rufo E. Vitela, José Luis Carranco, Carlos Calleja, Alberto Sáinz, Serapio Huerta, Heriberto Aja, Juan N. Beltrán, éste el más chaparrito de los mentores, con notables y prematuras arrugas en su cara morena y quien, al andar, hace descansar una oreja sobre el hombro.

Una campanada anuncia "a formar". Alumnos y maestros se reconcentran en el patio principal donde empiezan a alinearse por la derecha, y a guardar silencio y compostura. Los muchachos se miran en fila con emoción y buscan en ella, quiénes serán este nuevo año, sus compañeros de clase.

—Hola, Alvarez. ¿Te acuerdas que el año pasado nos peleamos en el Callejón de la Cervecería y me sacaste la "pitaya"?

—¿Cómo no, López —contesta con una sonrisa cariñosa y grata—. Pero ahora seremos buenos amigos, verdad?

—Ya lo creo. Mira, nos toca de guía Mazoncito. Es inteligente y el año pasado me opacó en matemáticas. Pero este año...

—Lo que no sabes es que nos toca el profesor Romandía.

—¡Romandía! El año va a estar de los diablos.

Hay que apurarse. Romandía es el de las tareas más pesadas y se concreta a los problemas de álgebra.

—Como que se las trae en matemáticas...

—Discute teoremas con el director y llenan el pizarrón de signos. Han tenido ratos acalorados sobre el binomio de Newton.

En efecto, tocó el sexto año a Romandía, alto, robusto, de abdomen saliente, conjunto facial enérgico y autoritario, vistosa cabellera rizada y paso teutón. Los muchachos, al verlo, toman la actitud militar de firmes, la mirada al frente y contraída la respiración. A través de sus espejuelos de luces impecables va pasando revista, como un emperador a su guardia de *corps,* y los va reconociendo:

—Gómez... Beaz... García... Terminel... Lico Flores.

Ante éste se detiene y le dirije una mirada severa. El muchacho baja la vista. Los demás ven de reojo la escena, en actitud del que tiene miedo ser medido por el mismo rasero.

—¡Lico... Lico Flores! El año pasado tuviste muchas notas negras. Fuiste expulsado del colegio porque le faltaste al respeto a tu maestro. Recuerdo cuán emocionante y dolorosa fue tu despedida pasando por la valla de todos tus compañeros, como penitente. Días después vi llegar a tu padre ante el director pidiendo perdón para ti.

¿Es posible esto, Lico? Tú eres buen muchacho. No hagas llorar a tu padre por tu conducta necia y agresiva.

Flores no osaba levantar los ojos vencido por la emoción y el arrepentimiento. Parpadeaba queriendo llorar deveras. Romandía le tomó el mentón y lo hizo mirar al horizonte.

—Levanta la cara, no me gustan maricas. Ahora, conmigo, vas a ser otro. Te haré un muchacho estudioso, digno de tu familia y digno de tu patria. ¿Me prometes ser bueno y estudiar?

—¡Sí, maestro!

—¡Firmes! —Ordenó a la fila.

Acababa de aparecer el director y pronto no se escuchaba en el corredor el zumbido de una mosca.

Tomó la palabra:

—Maestros, estudiantes. Vamos a empezar hoy un nuevo año de estudios, que significa una nueva jornada. El año pasado me retiré de este colegio ampliamente complacido de los exámenes, que fueron brillantes. Pocos muchachos "rodaron", pero, los más, demostraron su aprovechamiento y sus adelantos y se llevaron magníficas calificaciones, puestas por el jurado que nombró libremente el gobierno que, por mi conducto, envía una calurosa felicitación a mis colegas y a mis discípulos. Espero que este año redoblemos nuestros es-

fuerzos. La escuela paga siempre con creces todos los sacrificios, no hoy, sino mañana cuando vosotros, mis amados alumnos, iréis corriendo por la vida llena de angustias, de trabajos y de desempeños. ¡Mañana! Mañana es siempre demasiado tarde, pero se llega, porque el mañana es el destino. No, no quiero que seais al correr de los años malvados y presidiarios. La patria os necesita en otro lugar reclamando lo que merece: un lugar prominente en el mundo y una veneración sin mácula en nuestros corazones. ¡Estudiad, muchachos, a vuestra edad es la única forma de ser patriotas...!

Terminó la arenga don Felipe y desde un ángulo del corredor presenció, con visible emoción, el desfile a clases.

—¡Firmes...! ¡Atención...! Poooor el flanco derecho... ¡Derech! ¡De freceeente...! Arch...! un dos, un dos, un dos..., un dos... ¡Cambia el paso, Bojórquez! Un... dos... un. ¡Vista a la izquierda...!

Don Felipe a cada saludo que le tributaban los estudiantes contestaba con el saludo militar, bien cuadrado, como aquellos días en que recibía su espada en la heroica Escuela de Aspirantes...

II

MI HOGAR

En pleno invierno me atacó el sarampión. Veinte días estuve horizontal en la cama materna, soportando los cuidados extremos que nos prodigaba mi madre, los que, después de la grandeza de sus finalidades resultaban calamitosos. Aquel cuarto era pequeño y lleno de muebles de madera antiguos. La enorme cama, el ropero, el lavabo, el perchero de cornisa, todo obra de mi padre, que fue un buen carpintero, llenaban el aposento cuyas puertas permanecían cerradas herméticamente para evitar las corrientes de aire frío. Arropado hasta el cuello con cuanta cobija era posible, debilitado por las purgas y la dieta rigurosa, mal oía el trajín de la casa, el entrar y salir de los marchantes al comercio de mi padre, la gritería salvaje de los muchachos que jugaban en la calle y al filo de las cinco de la mañana, los toques de diana, de tambores y de cornetas del lejano cuartel, hora ésta en que ya mi padre regresa de "El Parián" con las vituallas, cubierto con su capote de paño

azul y jugando entre sus manos el bastón. Me gustaba mucho oír el ruido de los cascabeles que traían en el pescuezo los caballos de los panaderos, y las campanas de catedral, llamando a primera misa, mientras la equipata y el granizo azotaban los techos de terrado.

A un lado de la cama, alumbrado por un quinqué de petróleo, tenía mi mesita de estudio, con mis cuadernos y mis libros de lectura que repasaba de tarde en tarde. Solo, en las horas en que mis padres se dedicaban a sus quehaceres y mis hermanos se iban al colegio, sentía miedo de ver hacia las obscuranas de los cuartos contiguos, y los santos que tapizaban las paredes de mi cuarto de enfermo. He ahí a Santa Eduwiges, la patrona de mi madre, en bella litografía gris en actitud de repartir auxilios a los pobres y a los inválidos; San Ramón Nonato, el de las parturientas, en un cromo de rojo y oro florentinos, vaciando, sobre dos viudas o dos huérfanas, un bolsillo de onzas de oro; el Santo Niño de Atocha, El Corazón de Jesús y un crucifijo con un cuerpo color de cera, como de hueso agotado por los sufrimientos y unas orejas que se pronuncian con las sombras de la estancia. Llamo entonces a mi mamá que se halla en la cocina, pared de por medio, y viene presto a consolarme. Me acaricia las mejillas consumidas por la fiebre y las abstinencias, y me besa en la frente.

Y al filo de las doce regresan mis hermanos de la escuela y van a verme. Se sientan a la orilla de la cama risueños y contentos de verme convaleciente y me confortan.

—¿Verdad que ya te sientes bien, indito? Pronto vas a levantarte y volveremos juntos a clase. A la tarde que volvamos haremos, aquí en tu mesita, las tareas y los trabajos manuales y te vamos a leer los cuentos de *Corazón* y aquella otra lección que tanto te gusta, la "Mañanita de San Juan," de Gutiérrez Nájera; y por la noche, te cortaremos muchos monos de papel y haremos función de títeres.

Por la noche todos los de casa se reunían en la alcoba. Mi madre zurce, y mis hermanos, atareados, sacan sus problemas y como hábiles arquitectos levantan los formidables castillos medievales de cartulina que venden impresos en planas recortables para pegarse con "chúcata". Con papel de colores lustre hacen el gallito, el barquillo, el pantalón, la camisa, el salero y el rehilete.

—Mamá, cuéntame un cuento.

—Todos te los he contado ya, y no sé otros.

—Cuéntame el del niño Jesús cuando iba huyendo de los judíos.

Y mi madre dejaba la costura, se sentaba a mi cabecera y empezaba su narración. Jamás he oído narrar la vida de Jesucristo con tan hermosos e impecables rasgos de literatura, que brotaba, como

búcaros de flores de amor y de pasión, de sus labios preciosos. Parecía que mi madre trataba de que, como el niño de Belen, fuera yo el Salvador de mi propia vida, que aparejara mis caminos e hiciera derechas mis sendas y que jamás, jamás dejara de ser niño. Años después, leyendo con ansiedad a Papini, toda la florida literatura de su pluma ortodoxa me ha parecido mediocre. Jesús no ha tenido para mí, en sus libros maravillosos, la grandeza que me dejaran impregnada en el corazón los cuentos de mi madre.

"Es que éste era... y subió a la palmera cuando ya se oía el tropel de los cascos brutales de los caballos que montaban los soldados del infame Herodes... y la palmera bajó su copa para que subieran San José, María, el niño y su burrito... y abajo hicieron cena los judíos... Un viento imprudente hizo que una rama tocara las mejillas del niño y que éste despertara. La virgen, temerosa de su llanto, apartó la rama diciéndole: ¡Oh, palmera...! Y desde entonces, la "o" se grabó en el taco..."

Me iba quedando dormido y todos iban a recogerse. Afuera el viento helado de diciembre zumbaba y sobre los techos roncaba la equipata. Mi madre era la última en dejarme solo. Me volvía a arropar, me acariciaba la frente y poco a poco se iba inclinando sobre mí y me daba el último beso,

quedo, muy quedo, como esos besos que hoy le envía mi recuerdo por temor a despertarla...

Por eso hoy en mis tribulaciones, en mis angustias, en mis desgarros, en mis desempeños, llamo a mi mamá que supo siempre oírme y perdonarme. Santa que fue, debe estar a la diestra de Dios Padre. Cuando sollozo a veces dentro de mí, la aclamo, y parece que en un rayo de luz, de esperanza viene a mi corazón, se inclina y me dice al oído, quedo, muy quedo: "hijo mío, mi Xocoyotzin... mírame, aquí me tienes."

III

MI BARRIO

La Cohetera en 1906. Estamos en una barriada brutal, un tanto bulliciosa y un tanto alegre de las goteras suroestes de Hermosillo que parece, por su vida intensa y por sus inquietudes, como una pincelada roja en el apacible cuadro de la Ciudad de los Azahares; y tiene el vericueto, sumiso y pobretón, un vecindario de un solo tono plebeyo. Sus hijos no tienen palideces en la cara. Como sus ancestros (que dice la historia) ríen en el tormento de la época y no están en un lecho de rosas. Viven en buhardillas de burdo adobe que están por venirse abajo; ambulan descalzos, con camisa y pantalón que de parches, semejan carcamanes; pero cantan en el reliz a todo pecho no obstante que viven en constante "jaque" de los rondines que andan echando "leva" y los vigila el rural, el temido "pelón" que trae siempre en la mano, para arriarlos, la nagaika del cosaco. Pero como ni miedo le tienen, ni cuidado le ponen. Cuando les sucede algo extraordinario que los conmueve, los

familiares sólo exclaman "ya estaría de Dios", y ellos: "que le hace la legaña al güero, antes le está cuando llora". Aquel cohetereño está replegado al suburbio, algo suyo, como una noble bestia a su guarida desde donde gruñe, satisfecha y enconada, lamiendo su garra.

Aquel barrio no tiene importancia plástica, pero sí posee rasgos inconfundibles y típicos. He ahí, por lo pronto, el callejón "pionero" largo, estrecho y escueto, compuesto de dos bardas de adobe sin ripeo y por cuyos pretiles cuelga la rama cariñosa del bagote, la aterciopelada hoja del guayabo que, en infusión es magnífica para calmar los nervios y curar la "cruda"; la ancha amapola de la higuera que da sombra maligna y virulenta y la rama tachonada de roscas rojas del guamúchil agarroso y enfermizo. Después, al final de aquella callejuela, a una sola mano están las casucas, los bohíos paupérrimos, las chozas con paredes de carrizo enlodado, techos de horcones, ocotillo y jécota y ramas de palmera. Si entramos a una de esas casas vamos a ver algo auténtico en la vida de los barrios bajos de esos poblados norteños. Hay ahí una penumbra que manifiesta que ante todo, la vivienda es un escondite maravilloso para el analfabeto y para el plebeyo. Allá en el rincón una luz, una velita alumbra a la imagen de San Francisco Javier, el patrono de Sonora, que se guarda en un

nicho de burda hojalata adornado el retablo con flores de papel de china que "revientan" de un florero pepenado en el basurero del río como esas flores de erudición que salen de la boca desportillada de cualquier político bandido. Cuelga también, de una alcayata clavada en la pared, la guitarra que suena a la vera de las grandes emociones del barrio. Se ven por ahí algunas tarjetas postales con escenas amorosas entre una dama de pompadur y pom-pom y un tipo afeminado que le ofrece una paloma que trae en el pico un clavel escarlata, recuerdos, estas abigarradas cartulinas, de un día de santo festejado con mezcal y gaznatadas. Allá se ve la hornilla de "zoquete", con la cazuela negra y "huavesi" donde hierve la escamocha, los botadores que inflan el abdomen del gañán que, acostado panza arriba, eructa satisfecho sobre el petate mirando al cielo diáfano donde pronto van a aparecer las "cuadrillas", revolcándose como gusanos mientras el perro, estirado e hirsuto, le lame los tobillos.

No falta ahí el jardín, el patiezuelo con tiestos, los botes de hojalata o las ollas de peltre inútiles y en cuyo pintoresco estadio, cercado de carrizada y de zahuaros, nace espontánea la sámota con sus plumeros guindas, el juan, la yerbabuena, la manzanilla que es buena para el cólico, y el quelite que es el emblema de los hermosillenses.

Sólo dos casas no son tan pobres ni tan destartaladas en el callejón; la primera es en la que viven los Casanova y la última pegada al río, donde mora el "Chato" Bernal, esto es algo así como un chalet de cal y canto, con sus corredores abiertos bajo aleros de tejamanil, mirando hacia el tular que se tupe por la orilla de la acequia y donde, de tarde en tarde, refresca su memoria ese célebre tipógrafo de la calle de Orizaba (hoy del doctor Paliza). El "Chato", alto, grueso, mofletudo, con su nariz que parece albóndiga por donde salen las palabras gangosas pero que a nadie ofenden, es un hombre bueno; de buen corazón, a quien años después el destino premia su vida cristiana viviendo en el olvido y muriendo en la miseria víctima de una "ida de tripa" cuando lo persiguieron los maderistas. Su hijo Roberto vive rezagado en el montón anónimo de los "nadie" no obstante haber sido un apuesto cadete; y Catalina su hija, guapa, disputada por mil amores emboscados, termina sus días deshecha, al pie de un acantilado, por el mal terrible de Lázaro...!

El barrio de La Cohetera nace, por decirlo así, a orillas del río de Sonora, en los paredones norte, sirviéndole de límite la acequia del Común cuyas aguas vienen desde La Presa para regar las tierras "de abajo" y cuya rebotada y fresca corriente sombrean altos y corpulentos álamos que mueven ner-

viosos sus hojas como corazones de oropel y crece a sus márgenes el carrizo con sus canutos verdes y brillantes y sus espigas que son plateados plumeros que desgrana el viento. Tiéndese sobre esa acequia un puente de horcones por donde día a día atraviesan las carretas de la limpia llenas de basuras y carroñas y cuya bestia murriosa hace sonar, pendiente del pescuezo, el cencerro que anuncia su paso y tras de cuyas carretas se cuelga de trampa, haraposo, desarrapado y "greñudo", el perro "lánguido y taimado" como el bribón del cuento de Leónidas Andreiev, y de cuyos nobles animales es ama la indiada que por ahí mora, hoy mansa y mañana bronca y alzada, pero siempre canalla y heroica, de malos hígados que se revelan en el gesto de su cara hosca, de mirada bravía y cortante y que, al par con el blanco, con el *yori* atraca, martiriza, mata porque el blanco le ha robado las tierras, le cruza las carnes a latigazos y le desflora a sus hijas...

A la altura de sesenta años atrás, doña Cuca Casanova, uno de los recios troncos del árbol genealógico de los Casanova, solía organizar velorios cada sábado con fines religiosos, y más que religiosos, con el objeto de atraer al temor de Dios a la indiada vecina y así evitar, una noche cualquiera, un atraco. Estas fiestas las anunciaba quemando cohetes antes del rezo y durante los "misterios" del ro-

sario. Las gentes de Pitic, ya acostumbradas a oír cada sábado el estallido de esos juegos pirotécnicos, dieron en llamar a la casa de los Casanova la "casa de las coheteras" y cuando se daban cita para concurrir a aquellos oficios católicos hebdomadarios, decían que "iban rumbo a la cohetera". De aquí el nombre que tomó el barrio y con el que todavía se le conoce. Es pues, mentira histórica que el nombre le viene por haber existido ahí una fábrica de cohetes, la que jamás existió en aquellos andurriales.

Ese callejón de La Cohetera, al terminar en su desembocadura de la calle de Bravo y cuya rúa es una continuación hacia el centro, pertenece en 1906 a otro barrio rival, La Plaza, donde domina la aguerrida "palomilla" de Arturo Furken (a) "El Bolita" (años después revolucionario casado con una sobrina de don Venustiano Carranza), Ricardo Flores (a) "El Zurdo" (muerto en el Alamito durante el asedio a Hermosillo por Francisco Villa); "El Chino" Contreras (que se dio de alta en las fuerzas revolucionarias); Fernando Araiza (muerto de un ataque cardíaco en la cantina La Central, de Pancho Gándara); Ignacio Zamora (a) el "Cojito"; Ramón Zamora (a) el "Choveloy", (muerto de la peste de viruela en 1914); el "Valequis" Aguilar, el "Güero" Manurrio y el "Chalán" Ibarra (hoy chofer de sitio), entre otros, y que son los magnates (mainates, les dicen por allá),

o sea la pitiflor de la calabaza en riñas y en juegos, en desafíos a pedradas, gritos y alaridos, indomables pendencieros a cual más, que andan "pata a ráiz" y en vez de cinturón para fajarse los pantalones lucen la honda con pajuela de gamuza.

Su cuartel general es la banca de cal y canto que se hallaba a la entrada del callejón, bajo frondosos bagotes a la vera de una acequia que lleva agua para las huertas de Landgrave y El cuartel del 14 y donde lavan las ropas las viejas mitoteras de la manzana de Fort y quienes sobre la piedra golpean la ropa y las horas, en medio de dimes y chirinolas; pican pleitos y de vez en vez es ahí lugar *ad hoc* para aclarar "paradas" entre palabrotas que se oyen hasta casa de don Tirso y el Hotel Cohen, trescientos metros a la redonda. Mientras tanto, la "pelusa" aquella se divierte, atiza el fuego de las polémicas de las comadres o las chistan para que se callen, enmedio de silbidos y estrepitosas carcajadas.

Los Casanova, temerosos de los ataques de los legionarios de El Pueblo de Seris; y los Bernal de un asalto de los indios a media noche, buscaron aliarse con los de la Plaza y para ello hubo un concilio en la banca, una tarde amenazante de tempestad del mes de septiembre. Por La Cohetera propiamente dicho estuvieron presentes los "diplomáticos" Manuel y Pancho Casanova (este último

ex presidente municipal de Nogales (RIP), y por la Plaza, el "Bolita", el "Zurdo" Flores y el "Chove-loy."

Habló Pancho Casanova, tartamudo como lo es toda la familia. Dijo: que ya los de El Pueblo habían tenido la audacia de llegar hasta la acequia y arrojar pedradas que llegaban a su casa y que ya habían descalabrado a su Nanita; y que, como eran muchos los "puebleños" era necesario detenerlos; que necesitaban la ayuda y que en cambio, ellos se la darían en sus guerras con Las Pilas, La Matanza, El Cerro, la Carrera, La Amargura, La Moneda y El Rincón del Burro (barrios de Hermosillo, todos).

El "Bolita" habló después, diciendo que los Casanova se portaban muy mal haciéndole "malas paradas" con Catalina Bernal, prima hermana de aquellos; que aceptaban el aliadaje bajo las condiciones, primera, que las legiones de La Cohetera estarían bajo el mando de "jefes" placeros y segunda que, si volvían a poner los talones por el barrio, el "Chango" Espinosa o Jesús Siqueiros (éste actual director de *El Noroeste,* de Nogales) con el fin de cortejar a Catalina, les "darían pitazo" para correrlos a pedradas.

La última petición de los Casanova fue que en lo sucesivo ya no llamaran al callejón "el callejón de las flores" y que los de La Plaza procuraran

hacer sus necesidades en otra parte... que esto se lo pedían por Catalina que ya no podía atravesar el callejón porque no faltaban "liebres empinadas..."

El convenio se festejó con una media de mezcal, de aquel llamado "del de abajo" que valía veinte centavos, y que le llamaban así, "del de abajo" porque eran las sobras que iban dejando los bebedores y que don Tirso iba juntando en un recipiente "abajo del mostrador". El "Tullido" fue quien corrió a hacer la compra a la tienda La Brisa, propiedad de don Tirso que en esa época se concretaba a vender "chicote" y amenizar las borracheras con su guitarra mágica, cuyo instrumento "hacía hablar" el gigantesco y simpático bajacaliforniano y con cuyo carácter campechano pronto amasó una fortuna.

Se aceptaron las condiciones y La Cohetera y La Plaza formaron ya un solo barrio que tomó el nombre del primero, porque, según argumentó el "Choveloy", "olía a pólvora".

Aquel aliadaje sembró pánico en los barrios rivales de la antigua Plaza. Las Pilas llamaron a la paz a La Matanza y el Cerro; los de La Carrera buscaron reconciliar con los del Rincón del Burro y La Moneda a efecto de defenderse de los cohetereños, y así como hubo un concilio en la banca del callejón, lo hubo igual en la tienda El Sapo y

en El Compartidero de la Carrera, en cuyo barrio llevaban la voz cantante el "Cochi" Méndez (José J. Méndez, hoy general del Ejército) y Jesús Marín Farreira (igualmente general del Ejército).

Y pronto estalló la guerra feroz entre unos y otros barrios. Los demás barrios como El Piojo, El Puente Colorado, El Peloncito, La Muralla, El Carmen, La Capilla, buscaron coaligarse con los vecinos de La Cohetera, la que empezó a prepararse ante un inminente asedio a sus dominios. Se reunieron todos los "generales" cohetereños, entre ellos el "Chino" Contreras, "Los Chanos", Quico Aguilar (hoy licenciado Francisco D. Aguilar, con bufete en Nogales), Nacho Araiza, el "Guilarea", el "Indio Mariano", el "Cuti", para preparar una defensa inmediata, contra la "biserie", que dijéramos ahora, iniciada por las Pilas y La Carrera, los primeros que tratarían de invadir por el oriente, y los otros por el norte.

Los de La Carrera se atrevían ya a penetrar a la Plaza Zaragoza y pillar las naranjas y las toronjas, y los de Las Pilas habían llegado a la audacia de treparse al guamuchilón de la casa de Izábal. Esto era inaudito, imperdonable contra "la dignidad del territorio"; y el Estado Mayor discutió ampliamente la defensa de las fronteras. En la discusión, el "Guilarea" llamó a los de la Carrera "correlones" y aseguró que él solo con su honda, jura-

ba que no llegarían ni a los "carros de Rubio" (lugar donde don Pablo Rubio guardaba los coches mortuorios). Luego hablaron de La Amargura que "no valía la pena" porque ahí vivían "puros beatos y santularios". Esta ocurrencia fue premiada con aplausos y silbidos grotescos. Discutieron el temple de los de El Rincón del Burro y La Moneda. "Barrio de polkos", gruñó por ahí el güero Manurrio y concluyó: "los Laey son templados, pero tienen que ir a la Escuela y pasar las vacaciones en San Bartolo azotando siervos". El "Bolita" felicitó al Manurrio por esos conceptos tendiéndole la mano y pidiéndole un "chócale" (saludo).

Pero alguien tocó las Pilas y hubo en aquel vivac callejero donde más ardían las amenazas que las barañas, aquel minuto de silencio que según el Apocalipsis de San Juan hubo en los cielos cuando apareció el caballo de la Muerte. Como si hubieran escuchado el "ven y ve" al destapar el sello de la Revelación, todos miraron hacia allá, hacia el Hotel Cohen azorados. El "Bolita", magnate de la pelea, se llevó instintivamente la mano a la cabeza donde tenía honda cicatriz recuerdo de un certero peñascazo pileño. El "Coco" indiscutiblemente estaba allá, en el oriente, en el Callejón de la Cervecería donde iban a vérselas y pronto con Las Pilas, El Cerro y la Matanza unidos, compuestas estas legiones de puros

"indios zurdos". A éstos eran a los únicos que les temblaban porque eran valientes y "sanguinarios", porque era manada feroz que entraba a la pelea a ganar... o a perder, pero como los gallos ingleses en el palenque, "morían" en la raya. Y esto ya lo habían demostrado en los agarres que habían tenido en el Callejón.

Tenían esos de Las Pilas el orgullo muy reconocido de que habrían perdido alguna vez, pero que nadie les conocía las espaldas. Tiraban además con "cortadillo", que eran pedazos de hierro cortados a cincel que, al ser lanzados por la honda, sembraban el pánico en las filas de el "Bolita". Maestros consumados en lanzar el pedruzco o la posta de hierro con rebaba, guardaban el secreto de su estrategia y de su tino, secretos que el "Coruco", un traidor que al hacerse cohetereño se los reveló a éstos, que empezaron a ensayar el tiro, de acuerdo con los "métodos pileños". El pileño nunca dirigía el tiro al muchacho enemigo que deseaba descalabrar, sino a un punto de referencia que formaba línea recta entre ésta, el lanzador y el adversario. La geometría, las matemáticas inclusive la trigonometría, no mentían...

Mas dice Letchemberger que todo ser viviente, planta, animal u hombre tiende a aumentar su fuerza sometiendo a su dominio a otros seres y a otras fuerzas, y que esta tendencia continua en cada ser,

pone en juego sin cesar su propia vida para aumentar su poder, lo que constituye la ley fundamental de toda existencia; y que todas las manifestaciones de la vida están regidas por este instinto.

Y aquella turba desaprensiva sintió esos impulsos que, si no los puso en juego desde luego, para ir más allá de sus fronteras, a lo menos procuraba que los otros barrios lo hicieran, sintiéndose día a día más fuertes que nunca. ¿Quién podría desalojarlos de sus parapetos? De esas suntuosas mojoneras, únicas que guardaban sus guardias, como eran catedral, con su altanera aguja roja (la segunda torre se construyó en 1908), de tres cuerpos, estilo corintio-renacimiento; y el palacio, con su torre de metal como una gran botella de plata, y la Cervecería que ostentaba una cúpula y una coqueta cornisa de barandas.

Una tarde, apenas había amainado el chaparrón que se desató con furia, se rompió el fuego entre La Cohetera y La Carrera. El "Cochi" Méndez, a la cabeza de un grupo de carrereños se encontraba apedreando sin misericordia las naranjas de la Plaza, todavía verdes. Los cohetereños se reunieron frente a la tienda La Roca de Oro de don Francisco Vizcaíno, exmúsico de rueda que había venido agregado a una banda durante la campaña del Yaqui. Honda en mano y al mando de el "Bolita", avanzaron, parte de ellos, por la calle Ocampo

hasta la cantina la Maison Doree (hoy residencia de Enrique Hoeffer), donde debían estacionarse hasta que Furken, con el resto de la gente, saliera por la esquina de la residencia de don Gustavo Torres. Lo único malo de este dispositivo fue que el ala izquierda había sido encomendada al "Chino" Contreras quien a los primeros disparos "peló gallo" y tiró, en la fuga, hasta la pipa que fumaba.

Avanzaron los dos grupos a gatas por Catedral y Palacio, con el fin de hacer un movimiento de circunvalación, formando lo que ahora llamaríamos unas "pinzas", evitando así la retirada de los carrereños copándolos en la calle Urrea. Pronto se lanzaron los primeros ladrillazos. Los de La Carrera se hicieron fuertes tras los troncos de los naranjos, desfajándose las hondas y arrancando piedras del macadam. Sonaron algunas vidrieras hechas trizas. Las monjas del Colegio Guadalupano cerraron sus puertas y ventanas. Don Juan Luken, quien había salido a la "banqueta ancha" a tomar fresco, se vio obligado a entrar a su casa. Pesados pedruzcos chocaban contra las fachadas. Don Gustavo Torres salió pidiendo auxilio y entró en escena aquel viejo gendarme chaparro, zambo de las piernas, de imponentes bigotes a quien por bravo le apodaban el "Alacrán" y que se hallaba todavía en las troneras de Palacio cubriéndose de la

llovizna. Macana en mano, avanzó hacia el zócalo, un alto redondel de mampostería y con baranda de hierro que se levantaba en el centro de la Plaza (el kiosco fue levantado en 1910). Tocó el silbato haciendo "llamada de Cabo", lo que no amedrentó a los rijosos que ahora arremetían contra el pobre viejo que daba vueltas al zócalo buscando refugio ante el diluvio de piedras.

Galope de corceles, rayar de herraduras sobre las piedras de las calles, gritos de "viva la Cohetera, jijos..." fue lo que se escuchó al fin de la jornada cuando llegó Atilano Puente, que era segundo comandante, al frente de los "cuicos" cuarta en mano, no hallando en el campo mas que al Boby Thompson que no pudo huir porque le hirieron un tobillo, y a Alberto Loustaunau a quien en la precipitada fuga, una tehua de las que usaba, se le quedó unida al lodo mucilaginoso de la calle.

Llevado el Boby a presencia del prefecto don Francisco Aguilar, éste funcionario se alarmó al verle la cabeza en la cual, por defecto de nacimiento, presentaba una pronunciada protuberancia ósea que el señor prefecto creyó que era un chichón, consecuencia de un peñascazo.

—Llévenselo a su casa para que lo curen —ordenó—. ¡Estos muchachos condenados, —reflexionó al fin— se van a venir medio matando...!

IV

VERICUETOS

Galeana es un callejón que se extiende desde la calle de Guanajuato hasta la de Tabasco, mejor conocida ésta por calle de la Carrera. La barda que lo forma por el oeste protege grandes parcelas, potreros y sembradíos de algunas hectáreas de extensión (no existía aún la Colonia del Centenario), que llegan hasta San Antonio, el Guayparin, el Chanate y el Dique y en cuyas parcelas en tiempos de aguas crece tan alto el quelite que tapa a un hombre, y el pasto aún en tiempos de seca, cubre las tabas de las reses. Siempre aquello está verde, es una alfombra uniforme de alfalfa y trébol donde la mano caprichosa de la naturaleza suele bordar mágicos mirasoles como de oro, que los enamorados van a consultar arrancándoles los pétalos...

Al llegar a ese callejón y tocando la calle Querétaro (hoy del Dr. Noriega), cambia de ruta, ahora hacia el poniente, para llamarse simplemente "camino real", vallado de enormes y cente-

narios guamúchiles, frondosos uvalamos, gallardos fresnos, hasta llegar al Alicante de Ferreira, una acequia que corre en canoa de madera y que al llegar al gran canal cae sobre este como una cascada. Es un agradable baño al aire libre donde dominan los de la Carrera por su situación geográfica y porque en la Casa Blanca, donde se descuelga la catarata, viven los Ferreira, intrépidos carrereños. Un poco más adelante se ve San Antonio con su Capilla de vigorosa arquitectura, abandonada y en ruinas. Se vino abajo el enbovedado de la nave mayor, y del altar mayor ya no queda sino un retablo donde han hecho nido las torcazas. Sólo se ven ahí paredes que amenazan venirse abajo, y el caracol de cantera, estrecho, obscuro, donde suenan las pisadas y aletea espantado el murciélago. Si algo se disputa ahí, en ese remanso de paz, son las palomas que anidan en los huecos que han dejado las vigas, y las uvalamas de que se tupe el gran árbol que se cuelga "llorón" sobre las aguas turbias del canal y cuyo negro y picante fruto hace las delicias de los pillastres.

Más allá está el Dique, un cristalino borbollón que brota entre pungaradas de arena que semejan perlas y cuyas aguas vienen por un acueducto subterráneo que atraviesa el lecho del río y que lo mandó construir don Rafael Izábal para regar sus propiedades "Europa" o "El Garambullo".

Ahí se bañan los de La Carrera, los de La Cohetera y los de El Pueblo quienes "bajan al agua" por el cerrito. Desnudos se tiran "piques" desde los bordes, como escualos, mirándose sus cuerpos ágiles, allá en el fondo, como bajo un inmaculado cristal de roca.

Por lo general no faltan ahí las trompadas, porque alguien puso "galleta" a las ropas del camarada. El nudo que le hicieron a la manga de la camisa mojada no lo deshace ni hincándole los dientes.

En ese Dique se iba a ahogar Juanito, el querido Juanito Parra. No sabía nadar y se echó el clavado. Al arrojar el agua por la boca tuvo la primera hemorragia de la tisis que se lo llevó a la tumba.

Aquella tarde que murió en su casuca, medio cielo se veía enlutado. Doña Bernardina, su mamá, borracha como de diario, esquelética, haraposa, lloraba cerca al cadáver de Juan que en un catre, en medio de cuatro candelabros de cobre se veía tendido, vestido de blanco porque había muerto "querube". Sus hermanos Mariano y Jesús (a) el "Grillo", flacuchos y hambrientos lo veían con ojos de espanto, como si ya presintieran que muy pronto iban a seguirlo...

Todos lo lloraron en La Cohetera. ¿Lágrimas en aquellos gandules? La vida es un mar donde

todos naufragamos, y delante del naufragio final e irremediable, no se encuentran ateos. Lloramos cuando nacemos, nos lloran cuando nos vamos. ¿Qué vale una vida, y qué vale una lágrima?

V

RECUERDOS

La paz llegó con la Cuaresma. Los muchachos acudían a Catedral a escuchar la doctrina que dictaba el padre Esparragoza, entonando con él el himno final al compás del órgano al que daba viento, moviendo la palanca, Lito el campanero, un viejo alto y fósil, encorvado y flojo de los tornillos.

Al cielo, al cielo, al cielo quiero ir...
Si al cielo quieres ir, a recibir tu palma
a Dios, en cuerpo y alma, has de amar y servir.

Solían confesarse. Compungidos y hasta con la cabellera peinada, se hincaban frente al sacerdote:

Acúsome padrecito...

Pero no duró mucho la tregua ni el arrepentimiento; un motivo poderoso volvió a romper las hostilidades entre los barrios irreconciliables, y este motivo fue la disputa por "meter el violón" durante las funciones del primer cine que se estable-

ció en Hermosillo, llamado Salón Pathe, frente al Colegio de Sonora.

Los hermanos Delhanti, uno de ellos administrador del Timbre, dieron a conocer el invento de los Lumiére en el cuartito de una finca de la calle de Orizaba, asistiendo a la inauguración el obispo de Sonora, doctor Ignacio Valdespino y Díaz. Después se construyó ahí mismo un teatro con plateas, lunetas y galerías, y hasta con un Cuerpo de Bomberos, uno de cuyos valerosos (?) hombres del fuego era "La Changa" que fue el primero que puso pies en polvorosa cuando a Arcadio Bustamante, que era el manipulador, se le quemó un rollo y se hizo la alarma.

En ese teatro desfilaron artistas de la época: Gandolin, los hermanos Soler, el dúo de las Guerritas, los hermanos Areu, siendo la primera película de gran metraje que pasó por la pantalla, la pelea de box entre Jhonson y Jhefers.

Para amenizar aquellas funciones "por tandas", tocaba afuera del teatro la orquesta del "maistro", Venegas que hizo célebre la polka "La Pilarense" que el respetable de las galerías pedía a gritos. En el grupo tocaba el contrabajista Tesisteco, cuyo "tololoche" era el objeto de la disputa de la muchachada por "meterlo", o lo cual era lo mismo que entrar gratis cargando "a lomo" el instrumento.

Los muchachos de La Cohetera y de Las Pilas trataban siempre de ganarse la delantera en el privilegio de "meter el violón", sonando las trompadas a cada rato entre el "Chino" Contreras y el "Chiquillo" Romero.

Y este fue el pretexto de Sarajevo.

El campo de Agramante fue desde entonces el taste de beisbol ubicado en los terrenos de la Huerta de Vega, teniendo el home asiento aproximadamente a las puertas del hoy Hotel Ramos y donde jugaban los inigualables beisbolistas, el "Chango" Espinosa como lanzador cumbre, Gilroy como el pitcher más científico que ha pisado estos diamantes, Mangerine el gran catcher, Eduardo Tonella como primera base, Carlos Robles como short y los notables fielders, Juan Truqui y Chico Bernal, éste uno de los jugadores de tirada más firme y certera, y de fildeo más emocionante de todas las épocas.

Los cohetereños no querían que sus rivales se apoderaran de "la manta" que eran unas grandes cortinas que limitaban el campo y desde donde presenciaban el juego los gorrones o los que no tenían con qué pagar su entrada.

En esos días murió el Indio Mariano. Cuando iba el humilde cortejo tras el carro mortuorio que ostentaba un ángel llorando y los caballos no llevaban los plumeros ni las mallas, salió uno de los más aguerridos "piedreros" de Las Pilas llevando una

humilde corona de laureles baratos, póstumo homenaje de su barrio a un enemigo de altura.

La afición al beisbol era enorme. Los hermosillenses eran fanáticos y se cruzaban fuertes apuestas cuando venían a jugar Los Angeles, Tucson, Phoenix con sus equipos de profesionales. El Hotel Arcadia era el punto de reunión de los fans de la época. Durante los corrillos anteriores y posteriores al duelo de equipos se escanciaba champaña, y Campodónico hacía su agosto con su orquesta. Campodónico (a) el "Loco", autor de El Club Verde, dirigía su orquesta a su manera, cambiando bromas pesadas con sus subordinados. Cuando uno de éstos echaba culata dando un tono de más o de menos, no lo corregía como maestro. Se concretaba a decirle: "al otro me lo echas de agua".

Yo conocí a Campodónico como a mis manos. Infinidad de veces lo vi dirigir su orquesta y su banda. Cierta vez que fue llevado a la cárcel por asuntos políticos, yo iba entre la muchachada que formaba su acompañamiento. Campodónico no tenía el cuerpo del mariscal Goering, ni los bigotes de perdonavidas que he visto en cierto monumento que se erigió a su memoria. Aquí, el artista echó culata, una culata insoportable...

Cierto día un músico me contaba que El Club Verde no había sido compuesto por Campodónico, sino por un maestro de música llamado Marcos

Vivanco y Lancaster. "Este —me decía dicho filarmónico— estaba enamorado de una muchacha de Querobabi llamada Laurita Andalón; y un día que íbamos de jira al norte, cuando el tren hizo parada en dicha estación, me pidió papel pautado y yo se lo di; y ahí, sobre unas cajas que se hallaban tiradas frente a los almacenes, escribió los primeros compases del famoso vals. Yo fui el primero —sigue diciéndome el músico— que durante el trayecto estudié el vals".

Este cargo de plagiario a Campodónico es uno de los más injustificados hacia el gran maestro sonorense. El vals El Club Verde no es de tema romántico, sino de guerra. Sería infantil pensar que Marcos Vivanco, en un momento de pasional inspiración, compusiera un himno como La Marsellesa. Campodónico compuso su vals cuando ya en Sonora se sentía la Revolución.

VI

TIPOS QUE SE FUERON

Ñuza, Ñuza... cabeza de zalea.

Y aquel grito contra el pobre viejo le encendía la sangre de cólera, tiraba la chinfonía y seguía veloz a la gandulla, pero como no podía levantar mucho los pies, solía tropezarse y caer. Cuando volvía a ponerse de pie hecho un energúmeno, sobre la misma piedra que lo había obligado a perder la vertical, descargaba su ira dándole puntapiés. La sangre brotaba por las uñas y causábase heridas que obligaban al Ñuza a traer los dedos vendados que era una de las características de su tipo pordiosero.

Era el músico del barrio que tocaba el organillo a peseta la pieza. Años atrás así se ganaban la vida los papás de los Caturegli y el de Rodolfo Campodónico, don Juan; el primero tocando la chinfonía y el segundo la guitarra y la flauta de Pan. Veíasele de esquina en esquina dándole vuelta al manubrio, ejecutando las piezas en boga: Perjura, Carmen Carmela, Aquellos Ojos Verdes, Pre-

gúntale a las Estrellas... Puerto Lucido, El Morrongo, que decía:

Arsidale yo tengo un morrongo
de pelo muy fino y de cola muy larga...

Y morrongo quería decir entre las mujeres del pueblo, amante o amasio.

Y aquella Valentina que hizo furor, que traía aparejada a su letra la queja de la raza indomable, desaprensiva y heroica que dice:

Valentina, Valentina
rendido estoy a tus pies.
Si me han de matar mañana
que me maten de una vez.

Tiempos "anchos" aquellos; le llovían al Ñuza las "lisas de la balanza" (pesetas). Terminada la audición callejera, de la copa de su sombrero de palma sacaba la bolsa de tabaco, la hoja de maíz para hacer el pitillo, la mecha, la piedra y el eslabón. Era entonces cuando se le veía "la zalea", aquella cabellera blanca como de lana, que le caía en rizos sobre la nuca y le cubría las orejas.

Una mañana que corría tras la parvada de muchachos, al dar vuelta a la esquina de la residencia

de don Eduardo Muñoz, el Ñuza tropezó con el padre Bautista. El gordo y mofletudo sacerdote, al recibir el porrazo en el empinado vientre, cayó de posaderas. Cuando se puso de pie y volvió a calarse el sombrero eclesiástico de anchas alas, por las bolsas de la sotana chorreaban las claras y las yemas de los blanquillos que había recogido de limosna, porque este santo varón que digamos, era de los llamados "padrecitos templados" que si no había dinero qué recoger de casa en casa, recibía de todo: azúcar, pan, quesadillas, pollos; hasta que esta forma de recoger óbolos para la Capilla del Carmen, llegó a oídos del anciano obispo doctor Herculano López de la Mora, y le "marcó el alto". Desde entonces el padre Bautista buscó otra forma de tener entradas para seguir edificando el templo gótico-florido que nunca terminó porque después del ilustre doctor López de la Mora vino Valdespino y Díaz quien como el azadón, quería "todo para acá".

El padre Bautista dio en rifar Animas Benditas a peso la entrada. Había gentes en La Cohetera que no tenían el peso para tomar el número en el sorteo y salvar así el alma de algún deudo en pena, en las llamas del Purgatorio, y le ofrecían un tostón.

—Venga —decía el simpático representante de Dios—, pero ya sabes, hijita, que mientras acaba-

las el peso, oraré y pediré a Dios Nuestro Señor que está en los cielos, porque saque de las llamas la mitad del penitente. Ya con el busto afuera, hijita, le aliviamos el sufrimiento. O como dicen ustedes: "de ahí p'al real...

Al caer al suelo el reverendo, muchos vecinos salieron a darle auxilio. De la cantina La Maison Doree salieron los parroquianos a comentar el sacrílego suceso. Sólo un cliente no asomó las narices y fue el colega y compañero del padre Bautista, el presbítero Donaciano Tango quien, como de tarde en tarde lo acostumbraba, hallábase en la barra tirando los dados y ordenando poner las copas "para todos". El padre Tango era un gran parrandero. El obispo lo desterró por briago después de que el cochero el "Banderillas", a quien el padre debía algunas horas de correr una juerga, se negó a pagarle al cochero, y éste lo acusó con su ilustrísima llevando a éste en prueba la sotana que Tango había dejado olvidada en cierta casa de no muy buena reputación...

El pobre Ñuza se perdió de vista del barrio "como de un cielo borrascoso una nubecilla gofir" (como dijera el poeta Facundo Bernal). Un día ya no se oyó por los embanquetados el "chauchear" de sus agrietados pies descalzos, ni los sones dulcemente fatigados de su chinfonía. Todos se preguntaban:

—¿Y... dónde estará el Ñuza?

Alguien contestó:

—Cayó enfermo y fue llevado al hospital en donde le dieron la "agüita verde".

VII

MANCHANDO EL PABELLÓN

Cierta noche de invierno los cohetereños se hallaban reunidos frente a una fotaga contándose cuentos y "charras" cuando vino a interrumpir la paz del vivac la presencia de Ramón Casanova quien llegaba "a mata caballo" y con tamaña cara de pánico.

Después de respirar gordo y asesar algo, dijo al corrillo que los del Pueblo de Seris se acercaban a La Cohetera y que pronto iban a llover piedras en todas las casas del callejón, por lo que llegaba a avisarles para que fueran todos a desparramarlos. De acuerdo con el convenio celebrado en la banca de ladrillo, aquella tarde tempestuosa de septiembre, se aprestaron al auxilio y disolviéndose la rueda de pillastres que se calentaba frente a la hornaza, se lanzaron por el callejón honda en mano, yendo al frente Ramón Casanova y el "Bolita" Furken, éste "General en Jefe". Pronto llegaron al puente donde tomaron sus posiciones, ordenando Furken que él, Casanova y tres más irían a explo-

rar, quedándose el grueso del grupo en la acequia para que se lanzaran al combate en el primer grito.

Agazapándose por entre las ramas, avanzaron con la honda "cargada". De improviso Casanova los detiene. ¡Ahí está el enemigo! Se ven entre las sombras bultos que asoman por entre el jecotal y los cohetereños lanzan la primera descarga.

Por un banco de arena sale, espantada, una manada de burros.

—Has visto moros con tranchete —dice el "Bolita" a Casanova, regresándose a la acequia donde la palomilla acuerda formar al "argüendero" un consejo de guerra sumarísimo, fallándose "darle manta" y arrojarlo a la acequia. Acto continuo lo toman de pies y manos, lo mueven como cuna y lo arrojan a las aguas heladas, donde Casanova se da un estupendo baño.

Naturalmente no quedó conforme con el castigo y pensó en vengarse y al efecto busca en su casa una olla vieja, le hace cinco agujeros, es decir, ojos, nariz y boca, se hace de un cabo de vela y brinca la tapa de la huerta de Vega. Trepa después por la higuera que hay por ahí y sobre el pretil de la tapia enciende el cabo y lo tapa con la olla, en medio de la obscuridad parece que ha aparecido una calavera diabólica con ojos de fuego.

Cunde la alarma en la vecindad, las mujeres, con rosarios y cruces de palma bendita en las ma-

nos, apenas se atreven a asomarse por el callejón, sin que nadie tenga el valor de acercarse a la higuera. Se hacen rogativas, se ofrecen "mandas" a todos los santos devotos para que ahuyenten al "espanto". Alguien propone llamar al padre y lo hacen. A poco hace incursión en aquel cinturón de carne arrepentida el sacerdote Barceló que, hombre culto, no tiene miedo por el retorno de los muertos y rezando una oración y regando aquí y allá agua bendita con el hisopo, llega hasta la higuera...

El drama se vuelve comedia al descubrir que el "espanto" es una vil olla que algún lépero puso ahí; pero desde entonces la higuera fue temida dando margen al estribillo que fue el himno cohetereño que saborearon todas las bocas varios lustros, compuesto por aquel "borrachito sabio" que murió crudo, y que se llamó Tintero:

Dicen que en la higuera espantan
y en la acequia nacen flores.
Pero a mi barrio levantan
hasta la dueña de mis amores
porque agua bendita le echaron
al callejón de las flores...

(Le decían Callejón de las Flores porque ese callejón servía de W. C. a la vecindad).

VIII

UN BUEN CONSEJO

Pancho Casanova era bueno para robarse las gallinas de su casa y venderlas para comprarse trompos de aquellos hermosos trompos que hacían el Güero Sele, o rodajas de hojalata para jugar al tángalo. Por lo regular los bípedos que pillaba, escondido de su nana doña Cuca o de su tía Anita, se los vendía al padre Esparragoza, aquel discreto y culto sacerdote que colgó los hábitos en señal de protesta por la voracidad del obispo Valdespino y Díaz porque éste "su ilustrísima" quería todos los ingresos para él y Esparragoza pugnaba porque debían quedar a beneficio de la Iglesia. Hubo un rompimiento entre ambos miembros del clero, mientras aquel gigantesco y elegante baculado siguió "echando tipo" por esas calles de Dios, en las que medio mundo se persignaba al paso de su carroza; Esparragoza les "tiró el arpa".

Pero sigamos con Pancho Casanova. Bien cubiertas las gallinas con un saco de yute, el muchacho se dirigía a la casa cural, entraba hasta el es-

critorio donde el señor vicario se hallaba en estudio, y mostrándole la cabeza de las aves, ordenaba que las dejara en el corralito de la finca y pronto Pancho volvía por su peseta.

Mas ya en su casa habían puesto oreja y le cuidaban las manos a Pancho, quien ya viciado en recoger pesetas, se puso a pensar en qué forma podría adquirirlas para comprar papel de china para las zumbas de sus papalotes; y un día al pasar por espaldas de Catedral en compañía del incorregible Pancho Estrella vio en el cajón de la basura unas cabezas de pollos. Tuvo una idea luminosa que puso en práctica.

Fue a su casa y trajo el saco de yute, el cual hizo bulto y con los pescuezos de pollo en la mano, se dirigió a la casa cural, no se acercó esta vez mucho al fraile. Desde el pasillo le dijo, colocando sobre el bulto la cabeza del gallo:

—Padrecito... aquí le traigo una gorda.

Esparragoza le contestó:

—Bien, hijito... échala al corral.

Aquella trampa la repitió Pancho algunas veces hasta que temeroso, ya no volvió a pararse frente al sacerdote; pero una tarde en que jugaba a las canicas frente al bautisterio sin acordarse de sus picardías, sintió que una mano le tiraba de las orejas. Era el padre Esparragoza quien se llevó al mu-

chacho hasta su despacho y lo sentó frente a él, diciéndole:

—Admiro tu talento, hijito, cuando me has vendido la parte por el todo. Has hecho una notable premisa práctica que, sospecho, mañana puede darte una fortuna. Quiero darte un consejo que te servirá mucho en la vida. Son seis palabras que nunca debes olvidar, y son éstas:

—EL QUE NO ROBA, NO ARRIBA... y vete con Dios en nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

¡Qué bien agarró el consejo Pancho Casanova!

Cuando fue presidente municipal de Nogales, demostró que tenía una memoria prodigiosa.

IX

DON PANCHO Y DON TEODORO

Había que presenciar, para divertirse, una partida de ajedrez entre don Panchito Vizcaíno y don Teodoro Islas, éste uno de los fundadores de la Sociedad de Artesanos "Hidalgo".

Don Panchito, ex músico de banda militar que tocaba el bugle, era el propietario de un changarro que ostentaba el pomposo nombre de La Rosa de Oro, pero cuya tienda estaba tan surtida que cualquier transeúnte que pasara por enfrente sin detenerse le hacia balance: cuatro o cinco botes de hojalata con especias, unas cuantas sardinas, tres manos de hojas para tamales y un aparadorcito con chuchulucos. El dueño es un buen viejo, chaparrito, muy delgado por el abuso del tabaco, pues no apaga cigarro y por ende, sus gruesos bigotes, un tanto caídos estilo mongólico, están amarillentos por la nicotina. Es papá de Pancho, Manuel, Fausto, Enrique y Héctor, el Nimí y Carmelucha, cuyos hijos varones, traviesos y aguerridos como toda la muchachada, lo hacen trinar, pero les faja

macizo con el cinto hasta que interviene la mamá de ellos, doña Guillermina, una santa mujer alma de Dios, a quien no deja de tocarle uno que otro cintarazo en el reparto.

Don Teodoro vive de sus rentas, pero vive mal porque según dicen de puerta en puerta, come mal. Es de aquellas personas que "no comen tamales por no tirar las hojas". Viste bien, estilo burgués, y es vecino de don Panchito.

Por la noche colocan poco menos que a media calle la mesita con el tablero a fin de que la luz del arco voltaico de la bocacalle les alumbre mejor la partida.

La apuesta obligada es una bolita de dulce de las que vende don Pancho a centavo y, a veces, a seis por cinco.

Mientras jugamos a las cuatro esquinas, a la borrica, al coyote pateado, al ronchiflón, don Panchito y don Teodoro, indignado, ante todo por la polvadera que levantamos en la calle, inician la partida. El pleito empieza porque los dos piensan demasiado la jugada. Don Pancho se desespera:

—Bueno, don Teodoro... está pensando, o nomás está mirando.

—¡Y a usted qué le importa! Déjeme jugar.

—Yo ya despaché cinco marchantes y usted todavía no mueve.

Don Teodoro hace la jugada y don Pancho es ahora el que mira las piezas, mira el conjunto, hace la mueca de tomar un peón y se arrepiente, luego hace infinidad de trazos con el índice sobre el tablero, murmura una canción. Don Teodoro se pone nervioso. Llama a un muchacho y le dice:

—Dile a mi mujer que me haga favor de mandarme el tendido, porque aquí nos va a amanecer.

—¿Va dejar jugar? —gruñe don Panchito mirando con enojo a su contrincante por sobre las antiparras.

—No se enoje porque le dí jaque.

—¿Y qué me hizo? Lo que el viento a Juárez.

Don Pancho hace la jugada y se levanta frotándose las manos de júbilo.

—Y ahora —le pregunta a don Teodoro— ¿Qué es lo que va a hacer usted ahora con esa jugada?

—¿Cómo qué? Mire... ¡Jaque al Rey!

—¿Cómo jaque?

—¿Pues no ve ni con anteojos? O quiere que le traiga un telescopio?

—No estaba usted ahí. Es usted un bribón.

—Y usted, un viejo chapucero.

—¡Usted miente!

Y se levantan como para tomarse a las trompadas. Intervienen las esposas:

—Cálmate, Pancho, por Dios...

—Ten paciencia, Teodoro...

Pero los enemigos en el tablero cobran bríos.

—¡Agárrame bien porque lo mato...!

—¡Quiero el bastón, Josefa...!

—¿Y qué me va a hacer usted con el bastón?

—¡Con el bastón no, pero con el verduguillo...!

—¿Verduguillitos a mí? A ver, Pancho —ordena a su hijo que se halla entre nosotros, que ya rodeamos a los rijosos— tráime la fori-fai (pistola 45).

Se presenta en escena don Lauro Quiroz, persona culta y reposada.

—Tengan paciencia, señores. El ajedrez es un juego de caballeros.

—Pero... vea usted don Lauro... vea usted, cómo juega con sus dos alfiles en línea negra...

—¿Pero cómo... —dice don Teodoro apenado de su falta y mirando el tablero— no ha sido de mala fe. No sé cómo ha sucedido esto.

Y vuelven a sentarse quietos. Don Pancho toma un peón para moverlo, pero se arrepiente. Don Teodoro lo llama al orden de las reglas:

—¡Qué bien juega usted! Pieza tomada, es pieza movida.

—No señor. Pieza levantada es pieza movida...

—Ande... ande... juegue como quiera... así será bueno.

—Lo que pasa es que usted es un viejo aburrido...

—¡No me insulte usted, gambitero...!

—¿Quién es gambitero...? Retire usted esas palabras...

—¡No las retiro...! le he ganado bien a bien...

—¿Y quién se lo está negando? Ahí tiene usted la bolita de apuesta, y hasta aquí fuimos amigos...

—¡Como usted guste...! pero esta bolita —dice don Teodoro mirando el dulce— está descalabrada...

—¿Qué quiere que se la pula?

Siempre don Panchito y don Teodoro fueron grandes amigos. Cuando éste murió, fue su irreconciliable enemigo de ajedrez el primero en irlo a ver tendido. Salió sumamente emocionado de la casa mortuoria, filosofando a gran altura:

—Don Teodoro acaba de ganar la mejor partida de su vida!

X

LA QUE SE FUE Y VOLVIO

Eran tres hermanas, Eutimia la mayor, Emma y Julia quienes se habían entregado de lleno a la religión cristiana, profesaban todas las virtudes con celo y, como Hijas de María, habían hecho votos de castidad perpetua. Huyendo del pecado y de las tentaciones, su casa era un claustro donde se oraba a todas horas, al levantarse, antes de sentarse a la mesa, al recogerse en sus mullidos lechos rociados antes con agua bendita y no pasaban por delante de alguna imagen, de las que tapizaban alcobas y corredores, si no hacían la genuflexión. Ante cualquier suceso extraordinario aclamaban a Jesús y se persignaban. De sus cuellos pendían el rosario, los escapularios, los votos, las medallas religiosas, y olía ahí a cera, a incienso...

Ningún hombre les había hablado al oído ni había pisado su casa después de su padre que ya había entregado su alma al Señor. Vivían de la Iglesia, arreglando los ornamentos de encaje y lino, las albas de los sacerdotes y el vestuario de

las imágenes de busto. En las grandes ceremonias de la liturgia romana ellas se encargaban del arreglo de los altares. No había fiesta ni ceremonia del culto en que no estuvieran presentes siempre enlutadas desde el cuello hasta las puntas de sus zapatillas y cubierta la cabeza con su tapado negro.

Eutimia era la que dirigía la casa. Con auténtica severidad encauzaba y mantenía a sus hermanas en la senda de la virtud, de la castidad y del temor a Dios y a sus preceptos. Pobre de aquella hermana que mirara a un varón que no fuera el señor cura. Eutimia era bella y llamaba la atención por sus recios valores físicos, no obstante la inexpugnable muralla de raso fúnebre que los defendía de las miradas sicalípticas de cualquier mortal, que veía caminar a la Iglesia aquella figura rítmica de juncales expresiones entre finos vaivenes.

Y así las cosas, donde quiera atisba el demonio, y un día llegó de un pueblo un primo hermano de las santas religiosas, un muchachón apuesto, guapo, bizarro y vivales que al ver a Eutimia tan espléndida, tan garbosa, tan llamativa, se quedó de ella vivamente impresionado y ella sintió para su primo un afecto inexplicable y una excitación anormal y enfermiza, máxime cuando el pariente de marras, a espaldas de las otras hermanas, solía ce-

rrarle maliciosamente un ojo y le hablaba al oído comparándola con las once mil vírgenes y le aseguraba que era superior a todas las reinas del universo.

Y de la noche a la mañana la bella Eutimia no amaneció en el hogar. Aquello fue un duelo de lo más tremendo para sus santas hermanas. Se entregaron al llanto copioso e ininterrumpido, y al ayuno completo. ¡Lo que iba a hablar la vecindad! ¡Qué vergüenza, qué mancha tan indeleble e infamante para la familia, qué condenación eterna en los infiernos! Algunas veces Emma y Julia rodaron por el suelo víctimas de ataques de nervios.

Mientras tanto, la bella Eutimia, al lado de su novio y raptor buscaba la forma de regresar a su casa. Comprendía que su presencia causaría un choque de fatales consecuencias; que las hermanas, indignadas, iban a recibirla con vientos tempestuosos, recriminaciones y maldiciones. Posiblemente sería arrojada del hogar. Sentía impulsos de no volver, irse para siempre de la ciudad con su amado y sus culpas; pero a la vez, se resistía en abandonar a aquellos seres tan queridos que ahora sufrían por su irreparable desliz.

—No pisará la casa —decía Emma—, le escupiré la cara.

—Agua hirviendo le arrojaré yo —aseguraba Julia— para que así se purifique.

Pero llena de fuerza y de entereza, con un plan concebido, Eutimia tocó la puerta con deseos de que la llamada hiciera estremecer los pilares de la casa. Hasta con la punta de la zapatilla golpeó las abras del portalón. Fue Emma a abrir, y al ver a la oveja descarriada se llevó las manos a la cara y cayó al suelo con un patatuz.

Mas Eutimia no se dejó convencer por aquellos aspavientos. Con resonante taconeo y las manos en las caderas recorrió pacientemente la casa por todos los rincones, entró a todos los aposentos, se fue al jardín, al gallinero, a la piara de los marranos y finalizó en la alcoba donde sus hermanas estaban hechas una sola lágrima.

Con voz de trueno, increpó:

—Bueno... ¿qué diablos ha pasado aquí? ¿Qué escándalo es éste? ¿Qué se ha muerto alguien en esta casa? ¡Caramba! Esto es inconcebible, inaudito. Ya no se puede uno salir a distraerse... a pasar un rato agradable con sus amistades porque... todo se vuelve una catástrofe! ¡La hornilla fría con el gato rascándose las pulgas... todo sucio y sin barrerse... las matas, secas... ¡ ¡Mi colombo, mi chamizo que tanto cuidaba, muertas de sed en sus macetas...! mis gallinas, mi pobre "copetona" que es la más ponedora, muerta de hambre y de sed! Ustedes dos todas cochambrudas, sin bañarse... hasta piojos han de haber cria-

do. . ., la vecindad alarmada con sus gritos, y ganas me dan de agarrarlas a trancazos. . . Vamos —rugió Eutimia— cada quien a su negocio. Julia. . . a barrer de punta a punta. . . Emma. . . a fregar los trastes y regar las macetas. . . pronto, muévanse. . . Vive Dios que un día se me ocurre irme con algún hombre y. . . ¿entonces?, entonces sí van a llorar. . . entonces sí van a tener razón de llorar a moco tendido. . .

Emma y Julia ante aquella actitud tan enérgica secaron sus lágrimas y se fueron, calladitas y medrosas, en busca de la escoba y de la regadera.

La actitud de Eutimia había sido talentosa. No les había dado chanza de que emprendieran la ofensiva. De haber regresado sumisa y avergonzada, las demás la hubieran aplastado.

A los pocos meses, las dos hermanas de Eutimia se disputaban el mecer y acariciar al bello fruto de ella y de su primo, meciéndolo y cantándole en la cuna:

A la lulu que lulu
que San Camaleón;
debajo de un hueco
salió un ratón.

XI

GRAN VELORIO

Estamos en vísperas del día de Nuestra Señora de Guadalupe y se anuncia para ese día 11 de diciembre friísimo, un velorio en casa de don Chanito que vive en la esquina de Tehuantepec y Ocampo, en una de esas casas ruidosas de adobe carcomido y pésimamente rajueleado por el Tatita de los Vizcaínos, don Juan Valdez, albañil media cuchara, y cuya casona forma parte de la Manzana de Fort, antiguo hospital cuando el cólera, Los Tacubayas, la fiebre amarilla o los Macheteros, de esos tiempos de que se ponen a contar los "viejos de antes" y de cuyos actos de heroísmo personales alardean tanto, que allá en mi tierra los "jóvenes de ahora" les dicen que "son más las echadas que las cluecas".

Don Juanito Valdez había tomado parte, según él, en varias acciones de guerra. Entre más años pasaban se hacía más valiente. La causa de que cojeara se debía a unas reumas ciáticas, pero él aseguraba después, que eran a causa de los plo-

mazos que había recibido en la campaña del Yaqui y en la rebelión de Borunda.

Don Chanito Matacochis (Feliciano Figueroa [R.I.P]) tiene un alma de Job. Chaparrito, con paso de haber andado cien jornadas de sol a sol, encorvado y con el cano y escaso pelo rizado y siempre brillante por la grasa de puerco que tanto maneja, cuenta con una amable esposa, doña Lupe, mejor conocida por doña Lupe Chano. Es chaparra y regordeta como un barrilito. Mujer caritativa y pía, se le caen los párpados como muerta de sueño y levanta la cabeza para ver al horizonte, especialmente hacia el corral de la casa donde siempre está Chanito en cuclillas destazando los puercos. Buena para rezar, sabiéndose los credos y los triduos, y las letanillas como decir "Chano", es en el barrio la que ayuda a bien morir. Sabe medicinas caseras que es una hermosura. Nadie por allá como doña Lupe para levantar la mollera, ni para curar los empachos con "cáscara de granadas y flor de ceniza del jogón", o bien tirando del pellejo del espinazo del paciente, hasta que el pellejo truene; y para sobar los "flemones", y para curar el bazo con chuchupate y cocolmeca... hasta la tisis cura con baños de agua de carrizo y dando berro a comer... para bajar el latido tiene una mano divina... en fin, es la doctora del barrio. En su casa a toda gente afligida recoge. Muchos han

muerto y se han visto tendidos en esa sala de paredes descalabradas donde ahora se levanta el altarcito para el velorio, compuesto de cajones y bancas cubiertas con albas sábanas en cuyo remate se ve la virgen del Tepeyac en un cromo rojo y oro, dentro de un marco gótico que forman dos ramas de palmera. De todo se ha echado mano para adornar el altar: flores de papel de china, floreros de distintas formas, colores y dueños, candeleros con sus velas de a libra, lámparas, figuras de porcelana; angelitos de cartón recortados de los almanaques, y naranjas que dan la impresión, o deben darla, de que son grandes bujías de oro. Y en el piso, los petates donde van a hincarse las devotas para rezar el Rosario y cuya voz cantante lleva naturalmente doña Lupe Chano, desde el Ave María Purísima que debe ahuyentar al Demonio de la casa y del barrio, hasta el Gloria al padre que da fin al misterio.

Por la mañana Chanito mató cochi para la tamalada y las mujeres de la casa y una que otra vecina acomedida, han estado atareadas en batir la masa, apartar las hojas, darle punto al chile y el frijol con panocha, amarrarlos por la punta o la cintura para distinguir los dulces de los picosos, y acomodarlos en los botes.

—Chano, quiebra leña; Chano, ve por las aceitu-

nas a casa de don Tirso; Chano, quita esas cochinas tripas del techo.

Y Chano va, y Chano viene en boca de doña Lupe que se muere de congoja con la paciencia de Chanito quien contesta, allá lejos con voz que parece venir de la tumba: ¡allá va la reeees!

Y entre más atardece más menea los pies doña Lupe ordenando los últimos detalles de la fiesta. Y don Chanito, un alma de Job, sin dejar su paso de mil jornadas, va y viene sin decir más que "allá va la reees" sin protestar, sin cansarse y sin importarle más de aquel velorio que no van a dejarlo dormir y que mañana desvelado, tiene que ir por el cerdo al quinto infierno, y si no encuentra pieza, ambular por esas calles de Dios con una sarta de gallinas y de pollos en cada mano.

Ya obscureciendo se vio la casa regada y bien barrida hasta el corral, el amplio corredor de techos negros por el humo de las chicharronadas, el ancho pasillo que atraviesa el tablón que cubre el caño del desagüe, la sala del altar donde ya arden las velas de a libra y las lámparas. Huele ahí a flor, a cera quemada, a agua florida como para difuntos...

Entra a la sala doña Lupe luciendo dos grandes arracadas de oro, bien polveada con polvo de cáscara de huevo, estirado molote, casaca de olanes, enagua de campana y chanclas rechinadoras.

Trae en la mano el Lavalle y el Rosario. Mientras tanto, Chanito allá en su cuarto, tiene hora y media metiéndose los botines que se pone "cada venida del señor Obispo". A la puerta de la alcoba llega doña Lupe para decirle:

—¿On'tas, Chano? Ya va a venir la concurrencia y todavía tú no quitas las artesas y los cazos cochinos.

—Y se oye allá lejos la voz de don Chanito: "allá va la receees..."

A eso de las ocho de la noche llega un tipo delgaducho y catrín, luciendo una gallarda rosa roja en la solapa de su americana. Brillan con las luces de las velas y de las lámparas sus zapatos de charol y su cabellera peinada a la melena. Saluda a todo mundo de mano poniéndose a sus órdenes en "calle Mina número 48, Olas Altas", y ante todas las muchachas se inclina y hasta hace la mueca de hincarse frente a ellas. Su actitud es originalmente versallesca. Llama a todas con melosos diminutivos entre una ininterumpida risa maquiavélica en "i", y al fin termina plantándose frente al altar donde se persigna a todo busto. Ora con devoción, o a lo menos parece que reza porque mueve los labios, cual si estuviese enjuagándose la boca sin quitar la vista de la imagen. Todos ríen; los veintiañeros lo hacen a carcajadas, y las muchachas que están en la sala se cubren la boca con su

pañuelito perfumado, porque en un descuido de los bolsillos traseros del pantalón de aquel catrín, se asoma una enorme botella de mezcal.

Este tipo es el "Choro" Valencia, el célebre, pobre y encumbrado bohemio Ignacio Q. Valencia, siempre alegre y siempre "arrancado", con traje fifí pero sin camiseta, con zapatos de charol prestados y sin calcetines, y con un olfato para las fiestas que "la que no huele ventea". Nadie lo invitó. ¡Quién iba a invitarlo si sabíase que vivía en la miseria! Pero por la mañana anduvo por todas las calles de Hermosillo mirando hacia todas las puertas, y al pasar frente a la casa de Chanito vio que habían tirado "mijallo" y desde luego dedujo que ahí iba a servirse espléndida tamalada; y helo ahí, "tempranito para agarrar campo", con un espléndido humor y magnífico estómago.

A poco de llegar el "Choro", se ve que por la ventana se asoma hacia adentro doña Rosita de Seele, mamá del Güero Seele, quien tiene un changarrito por ahí cerca. La señora busca entre la concurrencia a alguien a quien le interesa localizar. El policía de punto en la Plaza, apodado por su elevada estatura "El Sahuaron", acompaña a doña Rosita y pronto el gendarme de malas pulgas se decide a entrar a la casa acompañado de la dama, recibiéndolos en el pasillo doña Lupe Chano.

—"Venemos" —dice el agente— buscando a un sujeto a quien le dicen el Choro Valencia.

—¿El joven Valencia? Está por ahí dentro, y voy a llamarlo... Pasen ustedes.

Y a poco aparece frente al gendarme el catrín de la rosa roja, quien tiende la mano caballeresca a quienes lo buscan, poniéndose a sus órdenes en "Calle Mina 48, Olas Altas"; pero "El Sahuaron" no va a indagar direcciones y le espeta:

—Aquí la señora se queja de que usted, caballerito, brincó el mostrador de su tienda, y anduvo usted metiendo la mano en el cajón de la venta.

—¿Yo? sí señor. Yo brinqué el mostrador y anduve metiendo la mano en el cajón de la venta de la tienda de la señora.

—¿Y qué negocios tiene usted en el cajón del dinero ajeno?

—Llegué a la tienda —explica el "Choro—. Estaba solitario y triste como un camposanto a media noche, ahí, donde reposan los benditos huesos de mi padre. ¡Qué soledad! Recordé una dolora de Campoamor. Hasta parecía oír las paletadas de aquel personaje de la canción vieja pero sublime de Simón el Enterrador...

—¡Al grano, amigo! —ruge el gendarme— Que no vengo a oír versos. ¿Qué negocios tenía usted en el cajón del dinero?

—Como aquí la señora estaba muy ocupada en sus quehaceres domésticos y como yo soy muy "corto", se me hizo penoso molestarla para un asunto tan sencillo como el que me llevaba a la tienda, es decir, cambiar un peso por dos tostones. Brinqué, en efecto, abrí el cajón, saqué el peso de mi bolsillo, lo eché dentro, y luego saqué los dos tostones. Esto es cuanto ha pasado...

—Bueno, pues... camine...

Fue entonces cuando el nunca igualado bohemio hermosillense pronunció aquellas frases célebres que todavía se recuerdan con cariño, dirigidas al gendarme que lo invitaba a pasar a la cárcel, previa comparecencia ante el jefe de la policía, alias el "Negro", que padecía del mal del pinto:

—¿Qué, qué? ¿Yo ir a presidio? Yo, revolverme con gente maleante y callejera...? ¿Tenéis la orden de aprehensión contra el joven Ignacio Q. Valencia...? Si la tenéis, yo os obedezco, pero si no, yo os rechazo, ¡miserable! No permitiré jamás que vuestro jefe el "Negro", manche con sus manos pintas el cuerpo sano y santo del joven Ignacio Q. Valencia.

El gendarme lo sacó a la calle y le dio un cuartazo. El "Choro", después de sacudirse el polvo de la solapa y de acomodarse la rosa roja, dijo al policía cual si pronunciara un verso sentimental:

—No es la primera vez que el pueblo recibe el golpe aleve de la injusticia; pero no amedrenta a mi pupila verde el paso ígneo de un buscapiés. ¡Ea, marchemos serenos hacia el presidio!

Y salió adelante meneando la cadera como trapeador, más de farsante que de afeminado.

Después del incidente empezó el baile. Entre los jóvenes pueden verse a Arnoldo Contreras, al Güero Robles, Manuel C. Acuña (ex administrador general de Aduanas) quien cobraba los servicios de agua potable, Manuel Díaz (a) el "Chiquiado," Chale Luken, Tiburcio Saucedo, Luis Lacarra (a) el "Balloneta," el Bajeca que era invitado de honor, Jesús M. López (maestro albañil), David López, Lamberto Mézquita, Roberto Hernández (a) el "Pelón", Antonio Puebla (a) el "Turrila"... buenos para bailar chotis, y para las trompadas.

—Ave María Purísima —dijo doña Lupe, hincándose, lo que igualmente hizo la mayoría de la concurrencia femenina.

Siguió el murmurio imponente del rezo hasta llegar al "Gloria al padre", entonando el himnocanto de esas fiestas.

Santo Francisco puro, de la Magdalena,
Relicario santo, blanca azucena...

Sonó en el espacio el primer cohete, como anuncio de que había empezado la fiesta...

XII

4 DE OCTUBRE

Todo el año los cohetereños "hacían nudo" para ir a Magdalena a visitar al Santo Patrono de Sonora a esa bella y pintoresca villa de donde el milagroso yacente "no quiso pasar" y "amachó las mulas" que tiraban de la carrola donde era conducido a otro lugar, que dice la leyenda.

Contados son los que no deben "manda" que es menester pagar con creces de sacrificios porque San Francisco Javier es "cobrador" y si no se le cumple a tiempo y al pie de la letra manda la cuenta con calamidades. Ya se ha visto ahí cómo, por no cumplir la "manda", le volvieron las "cataratas" a doña Néstora, volvió a agarrar la borrachera Lucas que ya estaba tan enmendado y corregido y se volvió a ir de trampa para "Fínicas" y "El Tuzón" (Phoenix y Tucson, Ariz.) el consentido de la casa y a quien San Francisco trajo del "otro lado" sano y salvo, gordo y hablando el "gringo" después de que su tía Adelaida prometió ir de rodillas desde la Estación hasta la iglesia que construyó Agus-

tín de Campos y donde, dicen, está sepultado el padre Kino.

Ya para entrar el otoño hay alboroto en todo el barrio. No se habla de otra cosa de casa en casa, desde las chozas del callejón hasta la Cuadra de Fort donde viven los alborotados Chalán, Chanito, los Chilverde, Desiderio, la Josefona, el Buli, los Acuña y doña Chona Bermúdez.

En las acequias en donde las vecinas lavan los trapos y se los "sacan al sol" hacen comentarios del futuro viaje y hay un trajín, un alboroto, un ir y venir convidándose, haciendo "liacho" para la excursión.

El día dos de octubre se ve la procesión que, temprano, baja del callejón. Viene de avanzada Juan con su familia compuesta por Lupe y sus entenados, alias el "Chinefar" y el "Jabalí". El bueno y gordinflón Juan María, jefe de maquinas de la cervecería, tipo indígena como auténtico ópata o pápago, carga con "los triquis". En una mano las cobijas atadas con piola, en la otra el cesto con el lonche donde no falta la gallina "chancochada" y las tortillas de manteca. Lleva dos sombreros, por si se le pierde o le roban uno, y uno arriba del otro; y viste camisola "de punllí" que es la dominguera y mascada roja al cuello. Lo sigue Lupe con los trastes de cocina de emergencia: el comal, la sartén, la olla para los frijoles y la parrilla para asar

carne, y en el otro brazo carga al último crío que viste con el ropón de su bautismo. Sobre su cabeza se ve, entre una colección de peinetas de varillero, el liacho de ropa planchada ya. Atrás de ellos, pero muy atrás porque le duelen los zapatos una barbaridad, camina el "Jabalí" a quien su hermano el "Chinefar" tira de la mano porque el muchacho se amacha pisando con las puntas. Cada diez o quince pasos, Lupe vuelve su vista atrás y con voz de tiple les grita a los escuintles:

—Apúrense, recondenados. Malhaya quien los jondió al mundo..., apúrense, que ya va a pitar el tren.

Y Juan María, echando chispas por el retardo, ordena:

—Dale unos chicotazos en el lomo a esos tales para que se apuren o yo me devuelvo y los hago birria. Ya están todos en la Estación, menos nosotros.

Pasa un carruaje por la calle de Guanajuato y Juan María le "chifla" para que se detenga. El áuriga para las bestias y la familia corre a encaramarse. Juan María recibe todo el peso del tilichero que, entre cestos y atados, llegan hasta el toldo. El "Jabalí" sube de "cabezón" y se le recomienda que "se agarre juerte", y el muchacho se aferra como chango desconfiado de los fierros más

a la mano. Jalan los caballos y Juan María, que del tirón se va para atrás, tira los dos sombreros.

—¡Malhaya sea tu estampa...! —ruge—. Párate, cochero.

Hay que apearse, baja el áuriga, le zambulle el tejano hasta las orejas y vuelve a chicotear a los caballos. El "Chinefar" grita:

—Mamá, se vino el "Capulín"... (el perro de la casa).

—Déjalo que se lo lleve la trampa. Ave María Purísima. Ya son las once y va a pitar el tren. ¡Pícale fuerte, "Trompo" (apodo del cochero).

El tronco de bestias va a toda carrera. Al pasar los mil baches de la calle bota toda la familia o bien Lupe, al dar vuelta la tartana, se cae sobre Juan María que la endereza dándole con el codo; y el "Jabalí", que en un descuido "no se agarró juerte", se cae a los pies del cochero, y Lupe lo levanta de las greñas, lo sacude, y le pega cuatro o cinco mojicones. Mientras tanto, el "Capulín" galopa debajo del carruaje asesando, con tamaña lengua de fuera.

Al fin llegan al Dipo. Baja Lupe y se le cae la parrilla; la levanta y se le cae una peineta. Juan María levanta al "Jabalí" del pescuezo porque el muchacho, al apearse, se fue de narices. El tren va dando la curva y Juan María se apresura a comprar los boletos mientras que la familia se abre

campo a empellones entre aquel hormiguero de gente que llena los andenes.

Las casas de segunda y de tercera clase vienen llenas y en las de primera ya no hay campo; pero hay que irse en ese convoy, a "forciori". Una vez que Juan María ha comprado los "tiquets" se abre camino a manazos y va en busca de la familia que se le ha perdido entre el gentío. Al fin la encuentra cuando ya para, deteniéndose el tren, y son los primeros que tratan de subir. La gente de arriba empuja hacia abajo, y la de abajo empuja hacia arriba. Las puertas son un tapón. Juan María sube a Lupe empujándola, pero Lupe no puede subir porque se le entrampó el rebozo. Al "Jabalí" lo suben por una ventanilla.

Al fin el conductor Paulino Fontes grita el ansiado "alebot" (all aboard) y el maquinista que es el "Loco" Tena (murió en un accidente ferrocarrilero en las Curvas de Santa Ana) abre las llaves del vapor y la locomotora empieza a rugir por su gruesa chimenea de embudo.

La Casita... Pesqueira... Zamora... Carbó... Poza... Querobabi (ya vamos llegando, "Jabalí")... Santa Ana (águila con los velices "Chinefar")... ¡Magdalena! Todo mundo abajo.

Allá no hay donde hospedarse, ni buscan tampoco hotel. Lo clásico, lo típico, lo elegante, es hacer campamento en el río. En el lecho arenoso de-

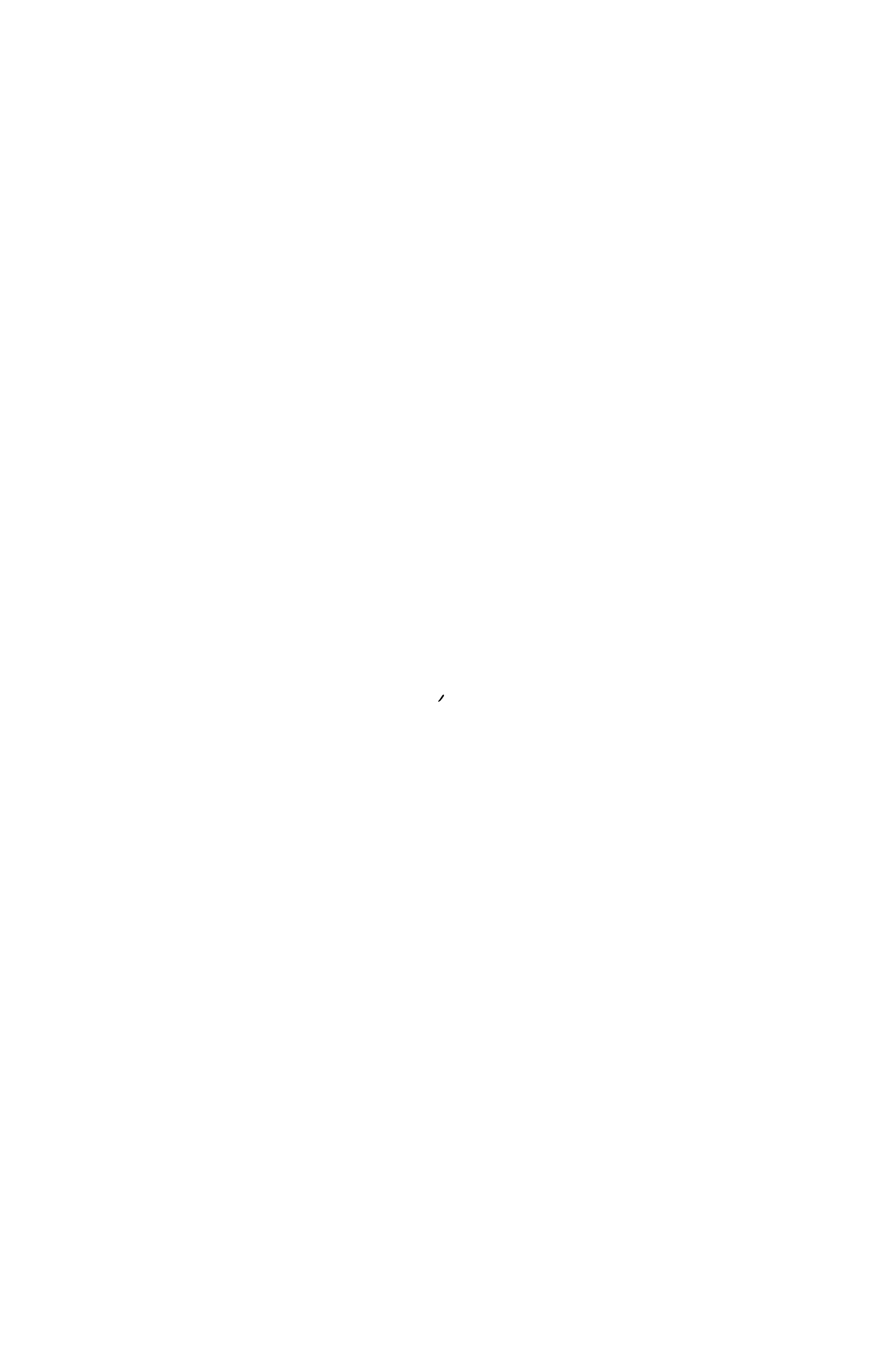
signan su "cantón", y ahí levantan su tienda encantados de haber nacido. Después de instalarse van a ver al Santo, a pagar su manda, a pedirle misericordia, perdón a sus pecados, y que no les falte el pan. El puede hacerlo con su mano, esa mano tan querida por el pueblo que años después en un centro de jóvenes demagogos y tontos, servía de pisapapel después de que San Francisco Javier, tan besado y pellizcado por los creyentes, fue pasto de las llamas de los grandes hornos de la cervecería. Así lo había ordenado el "Joven Dinámico" de la época...

Tres días después llegan de regreso. Han hecho la caminata desde la Estación a la Cohetera, a pie (a pincel digamos para ser más provincianos), porque a Juan María "se le arrancó de a tiro" y no tendrán ni para el café de mañana. Vienen, además, tristes, con el corazón hecho jiras porque Juan María quiso levantar al Santo para besarlo y "no quiso levantarse". Qué pecados, qué maldades insospechadas habrá cometido el bueno de Juan María para que el milagroso San Francisco Puro "De la Madalena", el Relicario Puro y el Blanca Azucena le haya repudiado en esa forma? ¡Dios mío!

Al exceso de equipaje se agrega el racimo de granadas, la cestada de membrillos y de chile verde. Juan María, que trae puesto el hábito café ce-

ñido con cordón blanco y que parece una mofletuda sota de bastos, y cuyo hábito debe usar hasta que se le caiga a pedazos, cojea porque los duros controstes de los botines de remache le levantaron ampollas en los talones; y con los fardos a espalda, sudando en pleno invierno, semeja un Atlas cargando un mundo de calamidades. El "Jabalí" se quitó los zapatos de plano y los trae terciados al hombro. Lo jala de la mano el "Chinefar" porque casi viene dormido. Lupe trae un ojo de tomate porque al asomarse a una ventanilla le cayó un carbón. El "Jabalí", condenadísimo, perdió la boina... Al "Chinefar" le robaron la cobija... pero tope en todo eso que el gran milagro de San Francisco es traerlos con vida de aquella trágica y cómica excursión que se llama "La Visita", que año tras año florece en la fe del pueblo humilde y sencillo, adánico de prosperidad y de cultura, pero que mantiene "oro puro en su barro"...

Y días después de la Visita, el Cordonazo, ese ciclón que año tras año "manda San Francisco", para recordar a los incrédulos que ahí está, que todavía existe, o como dijéramos ahora "que sopla"...



XIII

JUER AI YU GOING?

Quo vadis Juer-ai-yo-going.

Cecilia volvió a la casa materna con una cara, mitad cohibida y mitad cínica. Detúvose en el quicio, desde donde podía verse a su señora mamá en el corralillo, soplando la hornilla humienta a dos cachetes. Cecilia no se decidía a entrar. El mismo delito que había cometido al huírse de la casa por tres días y dos noches, parecía que la detenía en el dintel. Pero cobrará tranquilidad. Parecía más bien que había salido a la puerta a tomar fresco aquella mañana sofocada de agosto, después de una ardua labor hogareña.

Doña Euticia alzó la vista y la vio. Hizo uno de esos gestos llamados por allá "pucheros" porque, en efecto, son un poutpourri de gestos neuróticos. Puños en las caderas, haciendo mover con pesantez sus piernas colosales y varicosas, se acercó a su hija que venía hacia allá, muy lejos, donde nada buscaba ni tampoco quería encontrar.

—¿On'tabas? —le preguntó con su vozarrón cascado por el cigarro.

—Con Filiberto. —Contestó de plano para no andar con rodeos y terminar pronto.

—Me lo imaginaba. ¡Bendito sea Dios! El mismo camino de tus cochinas hermanas. La chica por chica, la grande por grande y la prieta por prieta... pero todas salieron "de chupa y daca la vieja".

—Lo mismo que usté —gruñó Cecilia sin importarle que en respuesta le fuera un manazo.

—Pues tú mientes con toda tu lengua. Es cierto que dí el "mal paso" pero siquiera me casé; pero... ustedes... Pobre viejo tu padre. El matándose, quebrando leña "ende" que amanece para comprarte libros y cuadernos... soñaba el pobre viejo en verte entrar a la iglesia con velo y corona al son de la marcha que tocan cuando se casan las ricas...

—Y? —interrogó la muchacha asentando bien su pregunta.

—¿Cómo y qué? Que ahora te vas a poner velo y corona pura... más vale que no me hagas hablar.

Doña Euticia la midió de pies a cabeza.

—Pero, ¿es que ahí te vas a quedar parada para que te vea la "vecindá"? Mira nomás como traes el vestido, todo lleno de "boñiga" y zoquete... entre adentro, sinvergüenza... Caray, que bar-

baridad, ni siquiera se las llevan al Mesón del Refugio.

Cecilia entró, arrojó al camastro el rebozo bostezando, y se sentó de mal talante frente a la mesa acodándose con el mentón en el puño.

—¿Y... cómo estuvo? ¿Cómo te enredaste con él?

Hizo un mohín la joven y contestó con enfado:

—Pues... lo encontré en el Parián cuando me mandaste por el hueso... me dijo que me subiera al carruaje... que me iba a regalar unos aretes... me subí y luego "le picó" para el Peloncito... yo quería bajar pero él me amenazó.

—¿Qué te dijo?

—Pues... me dijo con mucho coraje: o te abajas o te quiebro en la cabeza el palo del chicote... y le tuve miedo cuando me agarró de las trenzas.

—Bien sabe el diablo a quien se le aparece... Me lo hubiera dicho a mí... Bueno, y en resumidas cuentas, ahora lo que interesa es ver los aretes...

—¿Aretes...? No te hagas como que te chiflo y sales... Aretes...

—Pues, que te los dé... o mañana temprano hago ir a tu padre para que se los entriegue... no faltaba más... se suben en la vaca y le chiflan

al toro... y yo que decía siempre: la fruta bien vendida o podrida en el huacal.

—Y también mi padre decía cuando me enamoraba Chemo: "no por falta de gasto está la carne en el garabato... ¿y qué? ¿Quién se ha muerto de esto...? Pero ya basta de relajo... ¿No tienes qué darme de tragar?

—No hay mas que frijolitos refritos...

—¿Carne, no hay?

Un cacho. ¿Cómo la quieres? Te hago un bistequito con tu cebollita bien picada y sus rajitas de chiliverde?

—Como quiera.

Hechas ya las paces entre madre e hija, mientras aquella picaba el tomate, comentaba:

¡—Ay..., cómo tengo yo ojo para todo esto. Ya de que te "vide" andar con la fulanita que se mete con el "Chino" Simón... que andabas en las obscuranas de la Plaza con una bola de "polquitos"... y que te ibas rumbo al río ya noche con todo y cobija... malo, malo, me dije; ésta ya no va a aprender ni el piano ni el gringo... Tan bien que ya empezabas a decir "juach-chu seis" (what you say...) Tan contentos que estábamos tu padre y yo porque eras nuestra esperanza, porque ibas a honrar estas canas y a salvar esta miseria. Vieras, Cecilia, cuando vino tu tío del "otro lado" y nos dijo: Cecilia tiene guena pronunciación... luego

le entendí cuando me dijo: "juer ai yu goin" (where are you going) . . . Euticia se llevó la punta del delantal a sus ojos, de donde se vieron rodar dos lágrimas.

XIV

FLOR DE FANGO

La Tichi (probablemente se llamaba Beatriz) era graciosa para bailar La Botella, aquel zapateado en boga que se cantaba:

Andele, comadre
baile la botella,
que si no la baila,
yo le doy con ella.

Esto ocurría en casa de la Josefona, el centro de fiestas en La Cohetera.

Mujer guapa y de atractivos coruscantes era la Tichi, de líneas corpóreas un tanto barrocas, pero destacadas, y de alma un tanto barbiana. Su sonrisa estilando concupiscencia y deseos tenía también frágiles y ligeras sacudidas de chiquilla. Cuando bailaba La Botella en aquellos jorongos, había en ella frondoso ritmo carnal de apasionados giros rebuscados. Por eso era "peleada" cuando así, bailando y mostrando con picardía sus blancas pantorrillas judaizantes, encendía, lo mismo el tué-

tano azul del "polko" como la gruesa sangre del plebeyo.

Supo amarla un prócer, a cuyo escritorio iba de tarde en tarde a comprar con sus besos, para aquel caros, la libertad del *sansculotte* que estaba en el cuartel de la calle Morelia después de una "leva". Bajo la estatua del "Cachora" la abrazó y besó durante un baile de carnaval, y ella se levantó la careta para hacer estremecer de escándalo a la soberbia aristocracia de la época. No quiso de aquél ni el cura ni el curato y prefirió la vuelta al redil, a soportar los golpes del puño temido del vagabundo.

Por esos días había tenido lugar en catedral un sonado bautizo que hizo época, no tanto por el cuantioso "bolo" que se regó en la calle, sino por el origen de aquel compadrazgo que fue obligado y nada espontáneo. Una de las principales damas, celosa de otra de igual copete, llamó al orden a su marido que negó rotundamente que el niño que años después llevó entre los del barrio el apodo de el "Piapia", fuera hijo suyo y de la dama acusada; pero la esposa no quedó conforme con una simple negativa y le dijo:

—Sólo me convencerás de que no es hijo tuyo, si lo bautizas.

Y el bautismo se consumó a sabiendas, tanto la comadre como el compadre, que cometían un acto

sacrílego desde el punto de vista de su religión católica, pues el hijo era de quienes con las tradicionales aguas del Jordán contraían un parentesco espiritual que, según se dice, es el único que se "reconoce en el cielo..."

Del balcón de la casa se vaciaron talegos de pesos. Hubo "te-deum" y... la aristrocacia volvió, como los calamares, a ocultarse en su misma tinta. Un día se vio que salía del callejón un carruaje con un catre atravesado en la parte trasera, con la Tichi de viajera. Se iba al norte.

Salió una vecina y gritó:

—Se van las aguas que son mejores, dejando el campo regado de flores.

—Pero he de volver —contestó— por la gasta del jabón que no se gasta...

—Se matan las hilachas por entrar al ropero —contestó la que se quedaba.

—Nomás te encargo que le tapes las clavijas a tu guajolote...

La Tichi no volvió a bailar La Botella. Murió en un hospital del mal terrible de la sífilis...

La Tichi era una mujer que sabía apreciar el valor que tienen los estorbos cuando se les busca y se les disputa. Sabía ante todo que no valía nada como mujer de placeres al vapor, viviendo en un medio cerril, escaso de todo; pero sabía también que el hombre es un deshauciado en los giros de

la concupiscencia y que es precisamente ahí en el páramo falto de esperanzas y mieses, donde han de ir a buscar la mala yerba, y con yerbas se curan allá esas naturalezas bravías.

Nunca puso sus caprichos al servicio del lucro. Se conformaba con verse al espejo con una sonrisa cínica y a la vez cristiana. Siempre estaba a la orilla del calvario de los suyos consolando las fatigas y las penas que les daban las injusticias. Eran unos gañanes irredentos, pero para ella eran sólo sus Hecce-Homos y sus Divinos Rostros...

XV

DANZAS AZULES

Yócani! —gritó Gonzalo Camou.

Mientes; te falta un "jeme" —espetó el Cuti Grijalva tirando un visual de esquina a esquina, de la que en efecto no pasaba la bolita de madera picada por el trompo.

Los demás muchachos midieron, con la mano abierta sobre el suelo, desde la esfera hasta la línea que el Cuti había dibujado con el pico de la peonza.

—Es Yócani —volvió a gritar Gonzalo (Yócani es, en el juego del trompo, un golpe dado a la bolita, con el cual basta para cruzar la meta). He ganado y ahora mismo me entregas la apuesta de las quince catotas o "te saco la pitaya" (sacar la pitaya significa dar un puñetazo en la nariz y producir la hemorragia).

Y diciendo esta amenaza, tiró a la banqueta la cachucha y se remangó las mangas de la camisa hasta los biceps. Los muchachos, que habían seguido paso a paso las fases del partido, trataron de evitar la pelea. Gustavo Torres y Quico Muñoz, del bando de Gonzalo, es decir, "polquitos" en el con-

cepto de los cohetereños, dijeron que nadie se metiera; y el Chino Contreras, Nando Araiza y el Chalán, se hicieron a un lado mirando a aquellos como espías en torno de su presa.

El Cuti y Gonzalo se acercaron escupiéndose los puños bien cerrados y dando vueltas como si buscaran en el adversario el mejor flanco para asestar el primer puñetazo. Pronto los peleoneros se hicieron ovillo dándose mojicones a granel. Gonzalo jadeaba pálido y tenía la camisa desgarrada. Un hililllo de sangre le salía por la nariz.

—No agarres piedras —Grita Quico Muñoz remangándose también para entrar a la lucha.

—Bautizos, bautizos! —Pasó gritando Nacho Arvizu quien corría veloz rumbo a catedral mordiendo un pan.

Todos abandonaron la contienda. Gonzalo buscó la gorra, se la caló al revés y echó a correr. La parvada llegó a la Iglesia en el instante en que salían del bautisterio, en brazos de sus "ninos" dos nuevos cristianos.

—El bolo, el bolo, padrino —gritaron más de quince gaznates siguiendo al compadre como abejas al panal.

Uno les tiró un puñado de cincos de plata y la manada se echó sobre el pavimento arañando las piedras. Los agraciados con la pepena recibieron el porrazo de los que no tocaron "bolo" y se les

echaron encima. Horacio Sobarzo (hoy abogado con bufete en esta capital) no sacaba de la base de la pirámide humana sino la cabeza, como una tortuga; pero se vio obligado a extender la mano en la que, antes bien cerrada guardaba, entre tierra y lodo, algunos "nicles". Alguien le había dado un taconazo en el puño y Horacio soltó el dinero; pero pudo salir del atolladero y tomando del pescuezo al culpable, le reclamó lo suyo, mientras el otro negaba.

—Pleito... pleito —gritaron los demás con regocijo rodeando a los rijosos que discutían sus puntos de vista. Horacio lloraba de coraje, entrando Pancho su hermano "al quite".

—No te dejes, Horacio, dale en la trompa y métele "zancadilla".

Pero en eso salió otro padrino y olvidándose de la contienda se fueron todos a cercarlo, pero ahora éste, pobretón o "codo", montó en el carruaje cuyo vehículo partió veloz dejando a la muchachada con un palmo de narices. Estos lo siguieron por las calles cercanas gritándole:

—El bolo, pues... padrino, el bolo...

Ya enfadados de seguirlo infructuosamente se detuvieron disgustados, lanzándole la maldición de cajón:

—Ora, viejo bolsas de payaso; al cabo que su ahijado se le va a morir de diarrea...

Tragedias infantiles... ya no volveréis, danzas azules...

XVI

MATER DOLOROSA

Una noche que amenazaba tempestad, por la ventanilla de la casa de los Chiliverde se oyó una voz que llamaba en son de pedir auxilio, pero sin demostrar nerviosidad.

—Comadre Bernarda... Lupe... Chonita...

La comadre, que se hallaba despierta por el ruido del viento, creyó oír la voz, levantó la cabeza que siempre traía con "melindre" por la jaqueca; y aguzó el oído, volvióse a oír:

—Comadre Bernarda... Chonita... Lupe.

Se sentó en el catre, se caló las chanclas, levantó la luz del qüinqué y de puntillas se acercó al pequeño enrejado.

—¿Quién? ¿Quién habla?

Soy yo, comadrita... présteme las tijeras.

—¿Es usted comadre Nicha? ¿Qué le pasa? ¿Qué anda haciendo a estas horas y con esta "tempestá"?

—Quiero que me preste las tijeras para cortar el ombligo.

—María Santísima... San Ramón Nonato... San Expedito... Pero, ¡por qué no nos avisó! ¡Comadrita del alma!

—Ya traigo al muchacho con medio cuerpo fuera.

—Los dulces nombres... voy enseguida; pero... vaya a acostarse.

—No se moleste, comadrita, nomás présteme las tijeras.

Y ya con aquel artefacto de costura volvió Nicha a su cuarto andando como una cangura. Se acostó tranquila, cortó el cordón umbilical, puso a su lado al recién nacido y se acomodó en la almohada para recobrar el sueño.

Al día siguiente la parturienta se levantó como si tal cosa, a atizar, a lavar la loza. Las vecinas fueron a verla comentando el heroísmo de la muchacha.

—A todo se aviene una, comadrita —decía—. Ya ve mi hermana. Qué esperanza que pueda salir de su cuidado si antes no la examina cada semana el médico para saber si el muchacho viene derecho o chueco; le hacen el análisis de la orina cada semana por si acaso tenga azúcar. No puede salir si no es en sala especial de un sanatorio, con dos enfermeras en la cabecera que le adivinan el pensamiento, listos los aparatos para los sueros y la transfusión. Todo esto lo hacen los pesos, comadri-

ta, los pesos. Y ya ve usted, yo que soy pobre, en tres patadas me despacho y quedo lista para el otro. Acuérdese de las soldaderas. Estas se desocupan al pie de marcha...

—Dios sabe lo que hace, comadrita.

—¡Y... qué grande es mi Tata Dios, comadre...! pero, ¡Jesús, que se me queman los frijoles...

La resignación es el mejor alimento del espíritu. Crea la fortaleza para recibir y resistir los mandobles del destino. La rosa lo mismo abre su botón en el invernadero que en el acantilado. Así la mujer, todas son madres y todas saben sentir, pero unas tienen la manta amable que les enjugue sus lágrimas, y otras se conforman con enjugárselas con su propio corazón...

XVII

RITORNA VINCITORE...

Doña Genoveva, una de las vecinas más conocidas y connotadas del barrio, andaba loca de gusto porque iba a regresar Chemo (Anselmo Mendoza), quien hacía un par de años se había ido de trampa al "otro lado" y no había vuelto más que en cartas, las que traían siempre las más halagadoras noticias de los progresos del muchacho en aquella tierra de promisión.

Como doña Genoveva no sabía leer, iba al changarro de mi padre a que le tradujera los garabatos, y por eso recuerdo haber leído una de esas cartas. Decía:

"Mi querida Nana: No te había escrito porque andaba para San Diego y porque me fui a pasear a Venice y a Long Beach a donde vamos cada semana a pasar lo que aquí se llama "endguie" (endweek). Nos bañamos en las playas con todas las gringas. Aquí no es como allá, pues aquí las gringas se bañan "empelotas", y ni quien se fije. Estoy juntando buena "pica" para llevarles muchos regalos para Enrique, la Güera y mi tía Adelaida,

por lo que me mandarás decir qué tantos vestidos quieren para irlos comprando. Por ahorita tengo ya algún dinero en el First National, contra el que giro cheques. . ."

Naturalmente, aquellas cartas llenaban de júbilo a los familiares; pues sin duda alguna Chemo iba a regresar hecho un envidiable y apuesto americano, y sobre todo catrín, con buena ropa porque según él, allá "la daban dada".

Y un día se habló en el barrio de que Chemo había amanecido de regreso. La casa de doña Genoveva estaba llena de gente novelera, y afuera se veía un grupo de mocosos que se daban con el codo para abrirse campo y ver bien al recién llegado quien, en un rincón, se hallaba sentado atrayendo con su físico la admiración de la concurrencia.

Venía Chemo trajeado con un pantalón de mezclilla con un puño hasta cerca de las corvas, zapato amarillo de brochaderas con el gancho metido entre los ojales, camisola de seda de esas que al darles el viento "chapalean por el hipocondrio", una mascada al cuello con su respectiva argolla de imitación de oro y un sombrero ferrocarrilero con falda caracol o sea estilo trampa "espiquinflay".

Además tenía la boca llena de tabaco "breva" y cada rato escupía a dos metros de distancia, como escorpión, arrojando un salivazo color chocolate. Después sacó de uno de los bolsillos de su panta-

lón un bote de tabaco "Prince Albert" y el consabido e insustituible cuadernito de papel especial. La concurrencia no parpadea. ¡Todos se preguntan "qué será aquello". Luego saca un fósforo de esos de cabeza de dos colores y que relativamente parecen bolillos de redoblante. Con el fósforo pega un rayón al pantalón desde las posaderas a las corvas, y enciende el cigarro, y como se quema un dedo, sacude éste y dice:

—Chisis-eray; ay-am-fair.

Aquí los familiares miran a todos los presentes con la más visible satisfacción, porque Chemo sabe el "gringo".

Habla tía Adelaida:

—Oye, Chemo, ¿cómo estuvo aquello cuando te iban a arrestar, y que nos cuentas en una carta?

—Oooooooh, (interjección pochi). Sí, venía por la calle Mein, que quiere decir calle principal, cuando me encontró un cherife y me dice:

—Oh, meccican, juer is-di-mater-guit-yu? Quiso decirme: que si qué me pasaba.

—Oh, cherif-depuri. Ai am-going tu sliping. —traduce—: Le contesté que iba a dormir.

—Guel. Yu no yorkin? —Traduce— Me preguntó si trabajaba.

—Ohoooo, yea. Ay-am-gorkin-in-di-trac Santa Fe rairol y an di-jaguey. —Traduce—: Le con-

testé que trabajaba en la vía del Santa Fe y en la carretera.

Ya a estas alturas la familia está con tamaña boca abierta, lo mismo que los vecinos. Un muchacho corre a su casa para decir que Chemo está hablando inglés y las viejas dejan todo el quehacer y corren a darse cuenta y aguzar la oreja para escuchar.

Chemo cruza sus piernas y Adelita ve que en uno de sus tobillos trae algo así como una señal de quemada. Se fija y le pregunta que si qué es eso. Chemo se levanta presto el calcetín, y responde:

—Fue un accidente en el trabajo.

—Yo creía —dice tía Adelaida— que eran las señas que deja la argolla que allá les ponen a los que no salen de las cárceles.

Y como a tía Adelaida no le toman el pelo así como así, tan luego se queda sola la familia, le pregunta:

—Bueno, Chemo, vamos a ver qué nos trajiste.

Y aquí viene la disculpa de todos los que van a los Estados Unidos y que regresan una vez convencidos de que aquella no es la tierra de promisión que soñaron, y que "no es el léon como lo pintan".

—Traía —dice— tres petacas repletas de ropa nuevecita, y dos velices; además, traía en la bolsa quinientos dólares; pero ahí en Nogales me roba-

ron todo. Por poco me regreso porque apenas me dejaron para el pasaje en segunda.

La familia queda con las alas rotas. Mañana, cuando ya se acabe el "Prince Albert" tendrán que darle para que compre sus cigarros Filipinos, Preferidos, las dos Naciones o México y España, con su respectiva dotación de fósforos, de aquellos "de macito", que al encender hacían estornudar...

XVIII

SI FO (SE FUE)

Bellos y vigorosos rasgos adornan a aquel andurrial cuando llueve, siempre a cántaros.

Desde San Juan hasta principios de otoño la precipitación pluvial es tremenda, en Pitic. Dos o tres veces a la semana caen chaparrones y mangas como pequeños diluvios. (Este fenómeno se observaba en aquella época. Hoy prácticamente no llueve en Hermosillo). Las calles se llenan de agua hasta cubrir los embanquetados de ladrillo y piedra porque esas rúas, las más bajas de la ciudad, reciben el golpe de las corrientes llovedizas y es cuando la muchachada, semidesnuda, se baña como en un río; se coloca bajo los canales que vomitan chorros que caen y se desgranan en sus cabezas alegres; o bien se cubren con un "guangochil" a manera de capuchón y se dedican a pasar, de acera a acera, a los catrines "a papuchi" por una "jola" (tres centavos) y con cuya ganancia compran un mazo de quesadillas del tamaño de un huarachi y de un dedo de grueso. Las vecinas, entre tanto, con cubos, jarros, baldes y hasta sartenes desaguan las

viviendas que se anegan con las variantes y las goteras.

El aguacero ahuyenta de la Plaza al gendarme y va la parvada a robar naranjas, trepándose en los árboles que, al ser sacudidos, hacen caer una lluvia helada sobre el pavimento de jaboncillo negro como relucientes espejos.

Todavía retumba el cielo apizarrado, obscuro; todavía cruzan sobre la cruz caravaca de la parroquia las culebrillas de oro de rayos y centellas que hacen decir: "Jesús nos ampare" a las vecinas timoratas, y ya la palomilla juega en la calle, ya trepan como gatos por las pilastras corintias de catedral atrapando palomas ateridas que se acurrucan en los huecos de la gallarda fachada roja; y los grandullones aprovechan para saltar las tapias de las huertas aledañas y llenarse el seno de dátiles que escurren miel, y naranjas verdes, de ombligo, que sólo con sal no dan "cólico".

Alguien grita: "El Arco Iris", el símbolo de la paz que aparece sobre el Cerro de la Campana como una enorme banda tricolor sobre el uniforme negro del cielo encapotado. Sale el sol haciendo heridas de plata sobre el viento vaporoso de las nubes y cae, en rayos amables, sobre la torre escarlata mientras las ramas de las palmeras, con sus hojas cual puñales de esmeralda, despiden lu-

ces en su punta "inconoz" y en su filo inofensivo, figurando graciosos juegos de San Telmo.

Llueve todavía. Chispea. Está "pariendo la venada"... las bardas están mojadas despidiendo su perfume de barro. El vapor que brota del suelo descoyunta, hace bostezar, da sueño, tiende una pátina brillante en aquellas caras oscimuris que palidecen respirando afrodisíacas.

Qué bella se veía entonces con su pelo suelto, azabache, Aurelia Negrete, delgada, de plácidos estremecimientos azogados en su cuerpo tan blanco como el sienario de una monja, y que tiene un alucinante ritmo en las caderas... Novia perpetua de Nacho Urías, ambos se hicieron viejos sin llegar al final. La vecindad solía cantarle:

Paloma blanca,
ya es hora, ya es hora.
Tienes la pluma blanca
y ya no vuelas y ya no lloras.

Decían por ahí que estaba enamorada del chino changarrero del barrio, y que, cuando a éste se le preguntaba dónde estaba Aurelia, que se había radicado en la frontera, se concretaba a contestar: "¿Aurelia? si fó". (Se fue).

XIX

FLOR QUE SE MARCHITA

Ernestina Quijada es una de las muchachas más destacadas de la clase media de la época.

Vive en compañía de su mamá, doña Chona Bermúdez en una de las casas de la manzana de Fort. Es alta, esbelta, garbosa, morena, de líneas fondosas y completas y de grandes ojos negros, tiene una sonrisa de impecable dulzura picaresca.

Es honestamente alegre y en su casa se está siempre en disposición al jolgorio del que participan amigos y amigas que cuentan por docenas y docenas, ya que ahí, en su humilde casa de planchadora a maquila, siempre hay derroche de vinos y de viandas. Son famosos y bien comentados los bailes en casa de doña Chona Bermúdez y especialmente el del 8 de diciembre que es el de la Purísima Concepción, las bajadas de la Cruz el 3 de mayo y las pastorelas en las que la hace de diablo Lamberto Mézquita, de apóstol Bato Antonio Puebla (a) el "Turrilla" y de ángel, Luis Lacarra, y en cuya una representación de Navidad no apareció este perso-

nal a escena, porque al abrir el telón estaba ebria toda la Corte Celestial.

Está de novia Ernestina y pronto va a casarse, Su galán es un buen chico, enamorado pero discreto y uno de los mejores bailadores de chotis y con quien Ernestina se luce bailando "Amor Imposible" de punta y talón y a todo lo largo de la sala. Todos suspenden la danza para darles campo y admirarlos y aplaudirlos. Terminan y se les pide el repris que no escatiman y Chico de los Reyes vuelve a darle al violín "con todos los colores", ordenando a sus compañeros al romper el primer compás: "ora, alto y desentonado", y en cuyo conjunto musical vemos al regordete Eulalio Morales, con el pistón, al estupendo flautista Enrique Mayorga, al celista Chito Peralta, al contrabajista Tesisteco y al guitarrista el Gangoso Ramírez, haciendo todo el conjunto estremecer de emoción a la concurrencia.

Ernestina y su novio terminan cansados pero jubilosos, repartiendo sonrisas a granel y sintiéndose ella orgullosa de ser la predilecta de aquel joven disputado por su modo impecable de bailar. Pronto se suena en el barrio que Ernestina "se está alistando", que ya fue donada y que la semana entrante, si Dios no dispone otra cosa, entrará del brazo del padrino, por la puerta mayor de catedral, a los acordes de la Marcha Nupcial de Menhdel-

sson. Comentan el caso las pollas más destacadas del barrio, las Contreras, las Aguilar, las Fontes y se preparan para ir de "tijera" a la ceremonia que será rumbosa, máxime que cantará el Ave María el novio de Chabela Contreras, Manuel de la Fuente, acompañado del tenor de fuerza quintopatiera, El Chino Buelna.

Y una mañana la gente se asoma hacia la iglesia donde alguien se casa porque afuera se ve una hilera de carruajes de uno de los cuales ha bajado una novia. Ernestina se para a media calle para "novelear" y a recibir las bromas de sus amigas de que pronto pasará por ese "trago amargo". Y ella rie con satisfacción y niega llegar a ese trance aun cuando anoche, en la visita, su novio le dejó unas prendas para el casorio.

Un chico corre hacia ella. Viene de la iglesia y le dice que su novio se está casando. Ella y el corrillo estallan en carcajadas por la ocurrencia del pillete; pero doña Chona, su mamá, quien viene también de catedral a donde ha ido a recoger la ropa de los frailes, que lava a maquila, llega también de prisa, pálida a decirle que su pretendiente está uniendo sus destinos con su rival.

Y pronto aquello se confirma. El golpe moral fue tan tremendo que cayó en cama donde luchó con la vida y la muerte pidiendo a ésta por piedad.

Desde entonces aquella muchacha alegre, estatuaria, garbosa, de líneas completas, fue en decadencia. La gallarda torre de naipes que levantan las ilusiones se vino abajo cuando se coló, por la rendija que por pequeña parece que no ha de dar paso a la desgracia, el soplo artero de la realidad y por la que demasiado tarde se atisba, esperando que en un rayito de sol se cuele Dios hecho luz y que según Eça de Queiros, sólo acude al llamado de los labios doloridos de un querube para decirle lo que recuerda el Evangelio: PESADO HAS SIDO EN LA BALANZA, Y HAS RESULTADO FALTO.

Cuando esto se escribe (1944) nuestra protagonista ya ha ido a la cárcel porque para poder comer llegó al robo. Enferma de las vías respiratorias ambula, haraposa. Ya lo creo que nadie que gozó en su casa de sus viandas y de sus vinos, se acercará a su lecho a cerrarle los ojos.

XX

EN LA COHETERA ESTALLA LA REVOLUCION EN 1906, A PEDRADAS

Las carpas del gran Circo Treviño se hallaban instaladas en el Parián (donde hoy se levanta el Mercado Municipal y de cuya plazuela típica sólo quedan los portales norte) y bajo cuyas carpas trabajan el inolvidable Ricardo Bell, el inigualable alambrista Robledillo y los pájaros del trapecio Hermanos Codona. Agregado a esta *trouppe* venía el intrépido aeronauta Cosme Acosta, quien antes de la función de la tarde se elevaba en su enorme globo que era inflado en un corral cuya entrada quedaba por la calle de Morelia (creo que era el patio de la residencia de don Ignacio L. Romero). Gran entusiasmo causaba a la muchachada ir al circo y también ir a ver inflar el globo, dándoseles pase gratis en cambio de que ayudaran a detener la gran pera aerostática, prendidos de las cuerdas mientras Cosme Acosta se arreglaba la levita y se ajustaba el sombrero de copa. Después de seguir el descenso hasta la caída del paracaídas, paracaídas sin mecanismo que como po-

día abrirse "por la Divina Providencia", también no podría abrirse, volvían a las carpas con el fin de colarse barriéndose bajo las lonas, soportando a veces las cuerizas que les aplicaban los guardianes cuando los pillaban infraganti.

Una de esas tardes alegres de función, los jefes natos de la patrulla se hallaban aplaudiendo al gran payaso cuando llegó a ellos el "Mudo" Lacarra (José J. Lacarra Rico), hoy general del Ejército Nacional, a decir a los "jefes" que al obscurecer iban a dar tormento a una partida de indios recogidos en la última razzia, y que entre ellos estaba el Saila, uno de los más valientes y aguerridos legionarios de Las Pilas y por ende el más feroz y contumaz enemigo de los cohetereños.

El "Bolita" guardó silencio mirando hacia la pista donde se preparaba un nuevo acto circense, y antes de que se iniciara éste dijo a sus camaradas:

—Vámonos muchachos que tenemos negocios en la banca.

La pandilla salió del circo y caminaron a toda prisa por la calle de don Luis (hoy Serdán), hasta llegar a su cuartel general, la banca, a donde el "Bolita" convocó a todos los guerrilleros quienes acudieron prestos saliendo de sus casucas fajándose la honda. Ya hechos rueda, les habló serena pero contundentemente:

—Muchachos. Hay que hacer una de nosotros, pero como los hombres; todos nos hemos lamentado aquí cuando los "pelones" quebran los huesos a los pobres yaquis en ese maldito corralón de Izábal. Ahora sé que una de las víctimas de esta tarde va a ser el Saila, ese indio "cuerudo" que nos ha dado tanto quehacer y tantas pedradas. Pero ¿vamos a permitir los de La Cohetera que un valiente como es el Saila pierda en tan mala lid, y nosotros, que podemos hacer algo por él, nos crucemos de brazos?

—¿Y qué vamos a hacer? —interrogó el "Chino" Contreras sorbiendo su pipa, desconfiado y cobardón.

—Apedrear a los "pelones" y a los "científicos" cuando vayan a dar tormento al Saila.

—Como tú no has estado de "pelón" —argumentó insolente uno de los hermanos Bravo, que ya habían cargado el sombrero charro por rebeldes y pendencieros.

—Pero puedo estar. No creas que voy a rehuir responsabilidades. Cuando yo me meto en honduras, Bravo, ni los dedos me estorban.

—Es cierto —dijo Nacho el "Cojito"— hay que salvar al Saila.

—¿Y tú para qué sirves? —argumentó el "Zurdo" dando una mirada al cuerpo inútil del muchacho, quien andaba "en cuatro pies".

—¿No fui yo quien inventó vaciar sobre el callejón todos los vidrios de las botellas de la cervecería, para que los pileños no se atrevieran a pasar sin rebanarse las patas?

—Bueno, cálmenla ya— y quiero me digan quiénes van a seguirme.

—¡Todos! —gritaron en conjunto veinte voces.

—¡Pues, arriba! Alisten sus hondas mientras yo y Nando Araiza vamos a averiguar a qué horas empezará la función.

Iban apenas frente al Colegio de Sonora, cuando divisaron allá lejos, al principiar la calle del Comercio, la procesión de rurales y yaquis, por lo que se detuvieron para verlos pasar. Salían los curiosos de todas las casas comerciales: la Moda, las Fábricas de Francia, la Boston Store, la Torre de Babel, don Filomeno Loaiza, Botica de Carranza, haciendo comentarios sobre el suceso según el cristal por el cual miraban la "venganza de el Cabezón". (Así llamaban a Izábal).

El "Bolita" y Nando se estacaron en la rinconada donde finaliza la calle, y desde ahí vieron pasar la cuerda. Ahí iba el Saila, quien al ver a sus adversarios levantó la cabeza con desafío. Era el tipo genuino del indio moreno aceituna, facciones hechas a hachazos y los músculos hechos de corriones. Los cohetereños lo vieron sin moverse, callados, emocionados.

Pasado ya el trágico convite, corrieron rumbo a su guarida. Pardeaba ya la tarde y el sol tiraba por todo el callejón la sombra de los perros.

Llenos sus bolsillos de pedruscos brincaron las tapias de la huerta y se escurrieron por entre los troncos de naranjos y palmeras hasta llegar a los muros del corralón de Izábal. De algo servía, en efecto, Nacho el "Cojito", pues, puesto de "burro", sobre sus espaldas se paraban los demás para alcanzar los pretiles y trepar para quedar bien ocultos entre el espeso ramaje del célebre e histórico "Guamuchilón".

Vieron desde luego el "potro", el aparato de tormento costruído exprofeso para martirizar a los indios, y la "selecta concurrencia" que daba fe de esos actos inquisitoriales. Ahí estaba ante todo Izábal, el capitán Cortés, el general Luis E. Torres jefe de la Zona, Brígido Caro que era el orador oficial, el prefecto don Francisco Aguilar, Nacho Noriega, Guillermo Arriola que era el alcalde eterno y el general Luis Medina Barrón, jefe del 11o. Cuerpo de Rurales y de la Campaña del Yaqui (A este general se le atribuyen las célebres palabras "manden gente que estamos ganando" cuando el general Juan G. Cabral lo hizo pedazos en el combate de San Rafael, Ures, en diciembre de 1910). Veíanse ahí también las víctimas, casi desnudos y atados por parejas codo con codo.

El aparato empezó a funcionar. Los aborígenes eran estirados a fin de que "cantaran" sobre los planes y correrías futuras de sus "parientes" y los secretos de las guaridas del Bacatete.

—¡Habla, indio perro, habla! —rugía don Rafael Izábal.

—Innaponea o, yori zancola —contestaban. (Yo soy hombre, blanco miserable).

—¡Habla o te quiebro los huesos!

De improviso llovió sobre toda la plana mayor una lluvia de pedradas. Fueron dos o tres descargas pero copiosas y certeras. Reinó la confusión entre los próceres y Barrón, indignadísimo porque una pedrada le tumbó el sombrero charro, ordenó una carga contra los intrusos quienes huyeron como liebres a sus guaridas.

Una hora después la Cohetera estaba sitiada. Cordones de soldados y rurales cubrían todas las entradas y salidas, mientras que el "Negro", jefe de la policía y Atilano Puente, cabo primero, con numerosos agentes llevaba a cabo un cateo a todas las casas sospechosas, de donde fueron sacados la mayor parte de los atrevidos. Las madres, las hermanas lloraban ante el prefecto que vivía en la calle Guanajuato (hoy del Doctor Hoeffer) y cuyo alto funcionario se paseaba por el corredor de su residencia, nervioso.

Todos los personajes de la Administración se reunieron en Palacio para acordar sobre el castigo que merecían aquellos muchachos "quienes sin duda alguna no obraban por su cuenta", (según expresó Izabal), pues era increíble e inaudito el atentado; obra según la mayoría opinó, de políticos emboscados. En la reunión hubo un choque entre el general Luis E. Torres y el prefecto Aguilar que salió a la defensa de los muchachos.

—Son brotes malignos, Pancho —le dijo Torres— que hay que arrancar de cuajo, con toda energía.

—Sí, general —contestó Aguilar en palabras memorables que fueron una advertencia de lo que muy pocos años después se repetiría en Puebla, en las calles de Santa Clara—. Son brotes, pero DE UNA FLOR QUE AUN NO ROMPE EL BOTON Y YA PERFUMA.

Se refería, indudablemente, a la Revolución.

Cuando recuerdo estos hechos, ¡Oh, Cohetera inolvidable, más me enorgullezco de haber nacido en tus obscuros andurriales! Fuiste, con el brazo de tus muchachos, y la pedrusca inútil de tus calles, el ejemplo de algo grande, muy grande, y que aún no hemos podido comprender. Aquellas pedradas fueron dirigidas contra la injusticia; pues ¿qué sabía aquella muchachada de democracia en

aquella época en que, según la frase feliz de Gracián: SE MENTIA, PERO NO SE ENGAÑABA.

INDICE

Se terminó la impresión de *La Cohetera, mi barrio* el día 28 de mayo de 1982, en los talleres de Gráficos Ers, calle de Trabajadoras Sociales No. 299, México 8, D. F.
Se tiraron 2 000 ejemplares.

PUBLICACIONES DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora, Horacio Sobarzo.

General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida, José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo.

Ocho mil kilómetros en campaña (fragmentos), Alvaro Obregón.

Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional, Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios.

Plutarco Elías Calles, estadista y patriota, Juan Antonio Ruibal Corella.

Crónica del Constituyente, Juan de Dios Bojórquez.

Sonora, génesis de su soberanía, Armando Quijada Hernández.

Memorias de don Adolfo de la Huerta, transcripción y comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.

Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta, Charles W. Poulzer, f. j.

Obras históricas, Ramón Corral.

Jesús García, héroe de Nacozari, Cuauhtémoc L. Terán.

La Revolución en Sonora, Antonio G. Rivera.

El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta, Carlos Moncada.

Crónicas biográficas, Horacio Sobarzo.

El viejo Guaymas, Alfonso Iberri.


Publicaciones del
Gobierno del Estado
de Sonora 1979-1985